

Decano de
la Prensa
de Cuba

DIARIO DE LA MARINA

HABANA, Domingo, 31 de Marzo, 1940.

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America.



El palacio
real de
Bucarest.

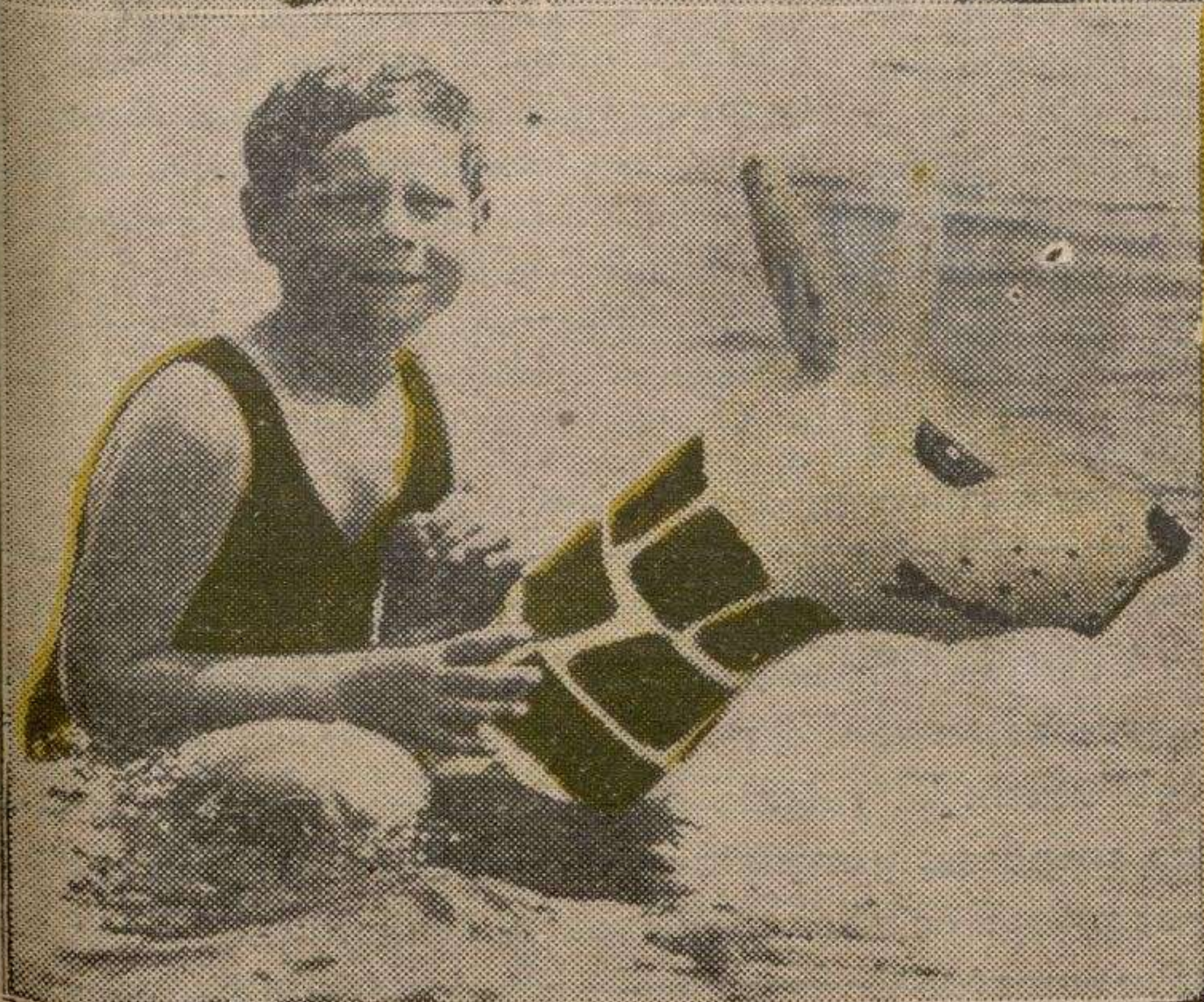
Principes HEREDEROS SOBERANOS DEL Mañana

por LUCIANO BOZ

Dos retratos de la
niñez del Principe
Miguel de Rumania.



Arriba, centro y aba-
jo: varios retratos de
los últimos momen-
tos del Voivoda Mi-
guel, uno de ellos al
cumplir 18 años de
edad.



EL HEREDERO DE RUMANIA HA CUMPLIDO 18 AÑOS-SUS AFICIONES-SUS LECTURAS-EL AFECTO DE TODO UN PUEBLO-A VECES LE PLACE APARECER COMO UN TRABAJADOR

Príncipes HEREDEROS, SOBERANOS del MAÑANA

por LUCIANO BOZ

SU elevada estatura, su rostro de rasgos finos y precisos, la majestuosa actitud del príncipe, que secunda ya al rey su padre en sus funciones, hacen olvidar frecuentemente que este adolescente no tiene más que 18 años. Este contraste hace comprender muchos aspectos de una personalidad bien formada ya, sin que por ello dispute sus derechos a la infancia. Los que conocen de cerca al heredero del trono rumano coinciden en reconocer que las principales cualidades de su carácter son la bondad—bondad franciscana que engloba los animales y los rodea de solícitos cuidados—, la aplicación y la pasión por lo técnico. La teoría interesa poco al príncipe Miguel, consagrándole lo indispensable y lo que le exigen sus programas escolares; en cambio la práctica lo atrae y entusiasma, singularmente lo que concierne a la mecánica aplicada.

El voivoda no es solamente un maestro del volante, un «sediento» de velocidad, como los muchachos de su generación. Estudia minuciosamente los motores, conoce sus secretos, el valor de cada pieza, los cálculos de resistencia, de desgaste, de consumo y rendimiento de cada uno de los doce coches que componen su parque de automóviles, entre los cuales los más curiosos son quizás las dos limusinas construidas expresamente para transportar las dos patrullas de exploradores que forman la clase del gran voivoda. Porque pasa su tiempo—a más del de las horas de clase—con los doce compañeros que la previsión paternal ha elegido en todas las capas de la sociedad a fin de distraer la infancia del augusto joven, y que lo colocan en una atmósfera de igualdad, de emulación idéntica a aquella en la que se educan los otros muchachos de Rumania.

Lo mismo que todos los adolescentes de su edad, el príncipe es «strajer», y aplica con todos sus camaradas, el código y los métodos de los exploradores, es decir, de los «scouts».

SUS AUTORES PREFERIDOS

Lo explica la atracción especial que ejerce sobre él la vida del explorador y sobre todo la del «rover», es la elección de sus autores predilectos: Ruydard Kipling y Julio Verne. En la edad romántica en que cada jovencito se forja un héroe que se esfuerza en imitar y seguir, Miguel, inmediatamente después de su regio padre, coloca en la galería de sus héroes a lord Baden Powel, el que propuso al romanticismo de todos los Con-

tinentes la existencia libre y aventurera del «scout», el método de vida sin miedo y sin tacha, la independencia física, el renunciamiento de sí mismo del «strajer» de corazón. Consecuencia lógica de este amor por los descubrimientos, por la lucha contra la naturaleza, por la vida sobria y dura, es la notable atracción que ejercen sobre ese carácter enamorado a la vez de lo maravilloso y del aire libre, los documentales, las películas en que se muestra la fauna y la flora de las regiones desconocidas. Y aquí encaja lógicamente el cariño por los animales, particularmente por los perros, y entre ellos por Rac, el enorme dogo negro, mimado favorito, que acompaña al voivoda hasta en la mesa y en sus viajes no oficiales.

Y siguiendo la línea lógica de este desenvolvimiento, no nos extrañaremos de encontrar su contra valor en el dominio de la inteligencia por esta actitud que, Jacques Maritain, expresa como «la facultad de captar lo que es universal».

Así, llamado a escoger dos temas de disertación para las reuniones dominicales en que cada uno de los condiscípulos del príncipe expone un asunto de su elección, Miguel preparó detenidamente y expuso ante un auditorio encantado, dos conferencias acompañadas de proyecciones con este título: «los planetas, las constelaciones y los orígenes de la tierra» y «los orígenes, los comienzos y la importancia de la navegación».

Este don de la observación, este espíritu curioso e investigador, se desarrolla con programas de estudios, admirablemente bien comprendidos, que consagran un día semanal a las aplicaciones prácticas sobre el terreno: botánica, geología, geografía, topografía, táctica, estudio social de la aldea, de las condiciones de vida de los trabajadores, participación en los trabajos del campo, del taller, donde los pedagogos pueden dedicarse a la observación de las cualidades, de las reacciones, de la comprensión del augusto alumno.

Durante estas aplicaciones prácticas, el príncipe se transforma a veces en obrero y trabaja, manualmente, en las sucursales de la fábrica «Ford» en la construcción de automóviles. ¡Qué lejos se halla en esos momentos el aprendiz vestido con un mono, del oficial que preside, con uniforme de gala frente al monarca, los banquetes oficiales!

LOS GUSTOS DEL VOIVODA

Lo que da su justo valor al sistema pedagógico del rey Carol, es el haber sabido otorgar al niño



Un apunte de Canovaca, del joven príncipe Miguel de Rumania.

todos sus derechos simultaneándoles con los deberes del príncipe. El pueblo rumano admira al regio adolescente, activo estudioso, atento a todas las necesidades y aspiraciones de su pueblo, presente siempre en las ceremonias oficiales, aun en las más austeras y enojosas, lo que imprime a veces a su juvenil rostro, una expresión de solemne madurez. Los íntimos conocen al estudiante reidor, amable, bromista, al «chofer» atrevido, al pianista que no vacila en tararear, para distraer a sus amigos, los estribillos de las canciones de sus cintas preferidas. De cualquier manera que sea, bajo cualquier aspecto en todo tiempo y lugar, el hermoso príncipe rubio es y será siempre para sus súbditos su príncipe encantador, su «Príncipe azul»

Europa, 1940.

EXPLICACION DE LA PORTADA.—En medio de la vida turbulenta que impone la guerra al reino de Rumania, se eleva callada pero con firmeza, la figura de este joven Voivoda Miguel, cada día más identificado con el pueblo que un día aun lejano habrá de gobernar. Es un nuevo astro real que parece en Europa, frente a un panorama que le habrá de ser enormemente instructivo para el futuro. El retrato que ofrece en esta breve crónica nuestro colaborador, aparte su seguridad de trazo, es una sorpresa, porque en él logra descubrir las reconditeces, ignoradas hasta el momento, del joven príncipe, cuyos primeros años mecieron la tempestad íntima de su familia y se eleva ahora en los no menos tempestuosos momentos de la agitada contienda de Europa

Los discípulos del Monje Rasputín -El Club infernal de los "Trece"

PARIS es indudablemente, una de las capitales del mundo donde se encuentran las mezclas (o mezcolanzas) más curiosas. Pero, en París mismo, el célebre barrio de Montparnasse—tan a menudo evocado por Gómez Carrillo en sus crónicas americanas y españolas—, es, por cierto, el más asombroso receptáculo de todas las extravagancias internacionales.

Un «estudio» en los alledaños del cementerio de Montparnasse. Allí, en una casa de «apartamentos», habita la señora Navaglof, cuarentona rubia, de ojos azules y pálida tez: belleza marchita pero conservando el encanto de las eslavas. Su cuarto está amueblado con gusto y es un verdadero taller de muñecas que ella confecciona con perfección; parece ser que, en otro tiempo, figuró la Navaglof en la corte de los zares.

Estuvo muy ligada a la difunta Vera Petrushka la sacerdotisa del «amor mágico», teoría que un tiempo compartió la Navaglof hasta que se forjó por su cuenta otra nueva secta, la de «los discípulos de Rasputín».

Pretende haber sido iniciada por el famoso monje que ilustró con sus orgías los últimos años del zarismo. Era entonces jovencita y se educaba en un convento a donde un buen día llegó de visita aquél, que no obstante su suciedad y su fealdad, impresionó a todas las pensionistas, todas ellas pertenecientes a la buena sociedad moscovita. Incitó a beber vino de Madera a las más bonitas, hasta que perdieron la razón. Luego púsose a danzar y las educandas lo imitaron. Después el «staretz» Gregori Eftimovich Rasputín cesó de repente su frenética danza y pronunció un sermón que todas las circunstancias recuerdan con emoción. La imagen del monje libertino se grabó en la memoria de la Navaglof. Asegura que su sombra la seguía y le ordenaba fundar una secta para predicar la «santa palabra» que oyera en el convento. Y lo cierto es que no dejó de encontrar prosélitos.

Se reúnen semanalmente en su casa y apenas llegan a treinta. Son místicos convencidos... a su manera, casi todos extranjeros, principalmente rusos. Hay también dos franceses.

Las sesiones tienen lugar de noche y en ellas se bebe el Madera; pero también whisky. Los asistentes se acomodan alrededor de la estancia cuyo centro queda vacío (con solo una copa de cristal llena de agua pura y rodeada de una tela metálica), y visten una túnica de lana como las que se usaban en Atenas en la época de Pericles.

La sacerdotisa recita una invocación al «staretz» y luego exclama:

—¡Oh, hermanos!, Dios se apiadará de vuestro arrepentimiento. (Así había terminado Rasputín su plática del convento).

La luz se debilita y una vitrola toca danzas rusas.

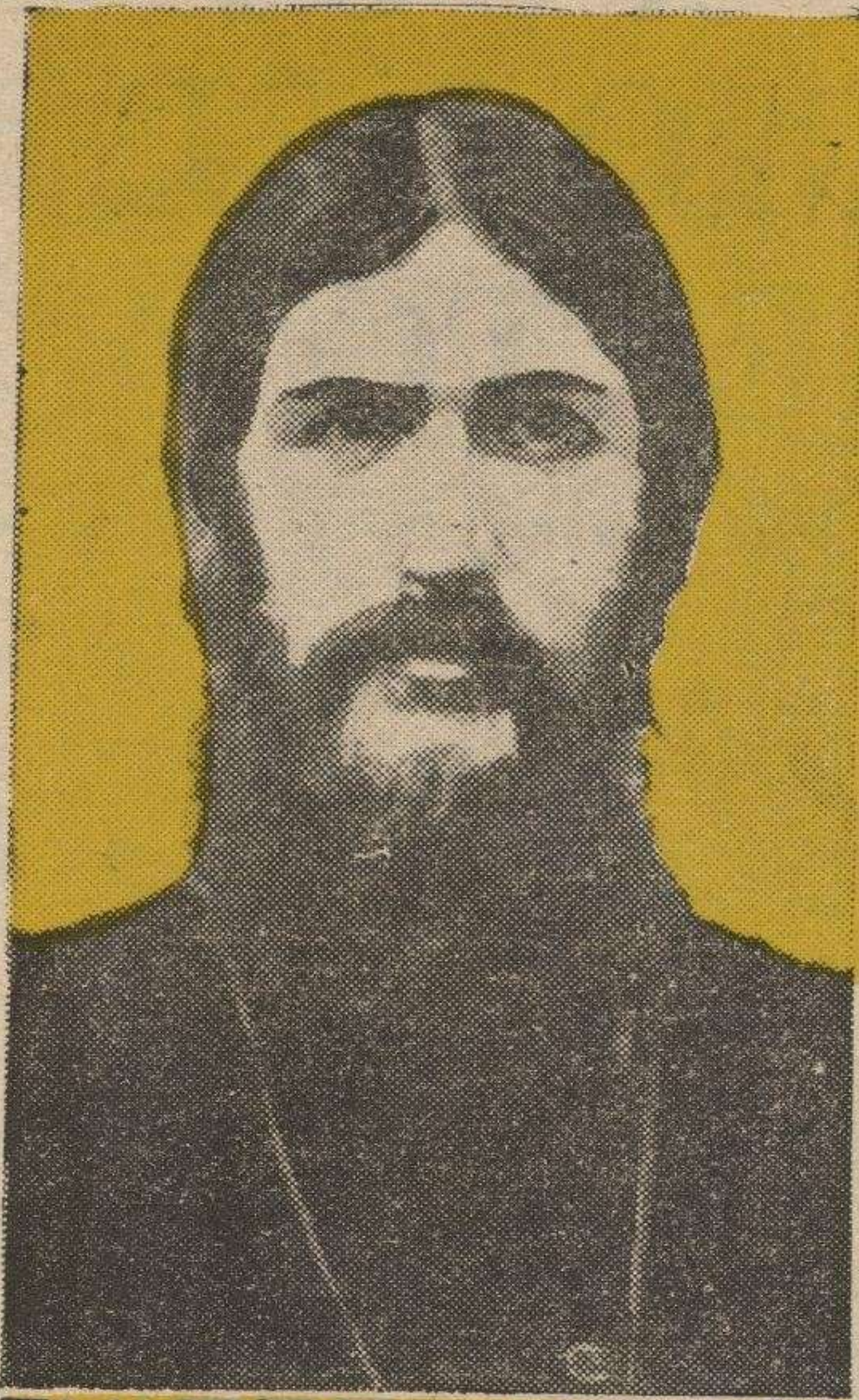
Las parejas se lanzan sobre la pista y la Navaglof, subida en una especie de estrado, repite:

—¡Bailad, hermanos! ¡El Santo Espíritu descenderá sobre vosotros, hasta la copa de agua que se agitará como furioso mar!

Y afirma que después de varias horas de baile cuando acaban por encontrarse en un estado de frenesí, saltando y girando como los Aissauas de Argelia, llegaba un momento en que el agua de la copa, resguardada contra toda tentativa de impostura por una tela metálica, bullía como si se le hubiese echado una sal efervescente.

UN CLUB INFERNAL

Recuerdo haber oído hablar hace tiempo en París del «Club de los Trece». Si mi memoria no me es infiel, había en ciertas capitales de provincia una sociedad de trece miembros, reclutados entre los «espíritus fuertes» de la localidad y que se reunían el 13 de cada mes. Si éste recaía en viernes, se celebraba esta circunstancia con un banquete en que se comía carne hasta la saciedad, se cantaban



CULTOS y SECTAS extravagantes de PARIS

El famoso Rasputín, en los días de su gloria en Rusia.

Con mis pocos años, esto me inspiraba gran curiosidad. Y lo que hoy se me antoja pueril me intrigaba extraordinariamente.

Los «trece» se comprometían a reirse de toda superstición. Adrede pasaban debajo de las escaleras que encontraban en la calle; dejaban caer la sal sobre el mantel, colocaban el sombrero encima de la cama, viajaban en viernes y regalaban a su mujer una sortija ornada de un ópalo.

En la pieza donde se reunían—en casa de un soltero—había un esqueleto en cada esquina. No pasaban ante él sin dirigirle una pulla y los más atrevidos hacían pedazos, antes de sentarse a la mesa, un espejo que expresamente llevaban.

Tales eran los rumores que corrían acerca del «Club de los Trece» y ni que decir tiene que esta gente no era mirada con buenos ojos por los provincianos honrados. Según éstos, un destino fatal esperaba a los «trece» en castigo de sus blasfemias—que sin embargo se distinguían más por su mal gusto que por su impiedad—y se murmuraba que el presidente francés Sadi Carnot, el general Boulanger y el mismo León Gambetta habían pertenecido a ese «terrible» club.

Y recuerdo haber oído a amigos de mis padres que Gambetta, poco antes de morir, había referido a uno de sus colegas que por tres veces seguidas había soñado que veía a un hombre que yacía muerto, sobre el césped y que una voz familiar—pero que no podía identificar—, había susurrado en sus oídos: «Esta es la suerte que te espera... ¡Te odio!».

Como su interlocutor se riese en sus narices de la aprensión de Gambetta, éste repuso:

—Naturalmente que no creo en estas tonterías pero si algo me ocurriera de grave, acuérdesse usted de lo que le he revelado».

Y horas después el insigne tribuno francés moría en circunstancias misteriosas.

No creo que el «Club de los Trece» exista hoy en París sobre las mismas bases. Era un producto específicamente típico del siglo dieinueve francés. Nuestros contemporáneos son menos ingenuos y más perversos.

La sociedad de que voy a hablaros y que tengo entendido que no existe sino en París, es una filial del club londinense o mejor dicho, está fundada por análogos principios que otro círculo famoso de la capital inglesa.

El animador parisién es un aristócrata que pasó varios años en Oxford, donde estuvo afiliado a una organización secreta, y tanto le plugo, que decidió crear algo semejante en Francia.

El género del «club infernal» data de antiguo en Inglaterra. En el «Glimpses of the supernatural» debido a la pluma del reverendo Federico Jorge Lee, vicario de Todos los Santos, en Lambeth (publicado en 1875), se lee «que en 1829 había en Oxford un club del Fuego Infernal, compuesto por estudiantes que se reunían secretamente dos veces por semana en el colegio Brasenose y cada uno de los cuales quería ganar en calaveradas a los otros.

«Una noche de diciembre una de las autoridades del citado colegio volvía a su casa cuando divisó una luz en el bajo, en la habitación de un escolar sospechoso de pertenecer al Club. Un hombre alto, envuelto en un abrigo negro, ayudaba a alguien a saltar por la ventana. De repente un grito endemoniado heló al profesor. El estudiante luchaba desesperadamente contra el desconocido y su rostro denotaba verdadero espanto. El espectador corrió hacia la portería y al ruido que hizo el hombre negro se volvió mostrando una cara tan diabólica, que el pobre catedrático se desmayó. Momentos después unos estudiantes pedían socorro. Eran miembros del club que habían celebrado reunión en el aposento iluminado y el ocupante de éste, uno de los jefes de la asociación, había muerto en medio de un discurso blasfematorio. En opinión de sus camaradas, se había roto un vaso sanguíneo.

«...Pero el testigo, vuelto en sí, explicó lo que viera. El hombre negro no podía ser sino el diablo en persona que venía a llevarse el alma del escolar».

El espectador era el reverendo T. T. Churton hermano del honorable Edw. Churton, archidiácono de Cleveland. Cuenta que, a consecuencia de este incidente, los miembros del Club se dispersaron.

Pero el Club no dejó por ello de funcionar y todo induce a creer que un «club infernal» de esta especie existe en París y tiene su sede en un hotelito de los alledaños del palacio de «Los Inválidos» o Panteón de Napoleón. Sus afiliados son unos treinta y como detalle curioso, que parece indicar orígenes universitarios, su edad deberá estar comprendida entre los dieciocho y los treinta años.

Un cronista pudo charlar con uno de los adeptos, un cómico que empieza a alcanzar cierta fama. Niega tener nada de común con las agrupaciones luciféricas y los organizadores de las misas negras

—Si adorásemos a Satán, alega, estaríamos en contradicción con nuestros propios principios, pues en ellos proclamamos que no hay ni dios ni diablo ni ultratumba. Queremos librar a los hombres de esas creencias caducas que los hacen desgraciados. ¡Los goces materiales: es lo único que cuenta!

Por eso todos esos chicos y chicas se reúnen generalmente en torno de una mesa bien surtida de

LA TINTA ACUSA EL MISTERIO DEL TESTAMENTO

por CLARA CARVALHO

Los millones de la herencia de un magnate norteamericano, senador de los Estados Unidos, fueron puestos en peligro por un falsificador. Para demostrarle al Tribunal la falsificación, Mr. Carvalho, el Sherlock Holmes de la caligrafía, amplió a un tamaño 3.600 veces mayor, la escritura del documento apócrifo.

MI padre dedicó siempre buena parte de su tiempo, al estudio de testamentos en disputa. No deja de ser curioso el hecho de que haya tantas personas que temoran la firma de tan importantes documentos hasta la hora misma de la muerte, y entonces hacen unos testamentos impensados a los que no llevan todos sus deseos. Otros les han causado a sus herederos muchas dificultades y hasta la pérdida de valiosas herencias, escondiendo sus documentos de última voluntad en lugares donde no se les hubiera ocurrido ocultar pequeñas sumas de dinero.

—La trama de esta obra que vimos la otra noche—me dijo un día mi padre—fué hecha posible por un testamento cuya existencia yo conocí. ¿Te has puesto alguna vez a considerar por qué un testamento es un instrumento tan versátil en las manos de un comediógrafo?...

Le contesté que no, y mi padre continuó:

—Los testamentos son las voces de los muertos. Algunas veces hablan con malicia, pero casi siempre con afecto. La razón, sin embargo, por la que los comediógrafos hacen tan frecuente uso de ellos, es porque constituyen símbolos de las grandes fortunas. Un hombre escribe su firma al pie de un pedazo de papel, y por esa firma se prepara para renunciar a todo lo que es suyo. Y con un solo párrafo enriquece a otra persona, ya se trate de un hombre o una mujer. Hay tanta magia en uno solo de esos documentos, como en la historia de la Cenicienta. Más a menudo de lo que tú pudieras sospechar, gentes envidiosas, avariciosas, falsifican esas expresiones de la tumba, tratando de desvirtuar los deseos de los muertos. ¿Te acuerdas del caso Fair? Debes recordarlo, porque con los honorarios que ese caso me proporcionó, pude fabricar nuestra casa de Breezy Point.

James G. Fair era un irlandés nacido en el condado de Tyrone en 1831. Sus padres lo trajeron a América cuando era solamente un muchachito de doce años, e inmediatamente se radicó en Chicago. El joven tenía ya 18 años, cuando el país todo se inflamó con la noticia de que se había encontrado oro en California. Fair marchó hacia el Oeste y permaneció por los alrededores de San Francisco hasta 1860. Conoció a los jugadores de la época, a los dueños de bares, a los bandidos, a las mujeres de mala vida y a todos

manjares, servida por cuenta del ex estudiante de Oxford.

Una noche organizaron una expedición a una casa «de duendes», a un rincón sórdido de los arrabales del oeste de París, en automóviles.

Era una calle siniestra y el edificio no tenía portero ni vigilante. El jefe, más razonable, propuso volverse, pero uno de los acompañantes, fuerte como un Hércules, echó abajo la puerta y toda la banda irrumpió en el inmueble abandonado. Oía a humedad y las maderas crujían.

Above is a specimen of Fair's genuine writing.

The word "bequeath" with its betraying "q" from the forged will.

Cómo usaba la «q» el multimillonario Fair, y cómo la usó el falsificador que escribió el testamento apócrifo. Las palabras escritas en la parte de arriba son las auténticas.

los aventureros que corrieron hacia California, encandilados por el brillo del oro que había empezado a salir de la tierra. Fair tenía habilidad y sentido común, y no estaba interesado solamente, como tantos otros, en obtener un saco de polvo de oro, sino en lograr grandes riquezas.

En la época en que Lincoln subió a la presidencia de los Estados Unidos, Fair se trasladó a Nevada, interesado por el negocio de minas de plata, que había comenzado a explotarse en la región. Y durante cinco años trabajó en esas minas, denotando una gran habilidad como administrador de propiedades mineras, lo que lo condujo a ser poco después propietario con otros, de la mina Comstock, una de las más ricas de toda la comarca. Y el mineral salió de esa mina en tal abundancia, que en tres años Fair y sus socios estuvieron considerados entre los hombres más ricos de América. El grupo de minas controladas por Fair y sus amigos produjo una utilidad, en esos tres años, de más de cien millones de dólares y en 1869 Fair, que sólo contaba 38 años de edad, retornó a San Francisco con el propósito de dedicar sus riquezas al fomento de otros negocios de manera que no muriera pobre bajo ninguna

Súbitamente una de las mujeres lanzó un grito. Certificaba haber visto una cosa brillante subir la escalera. Unos se burlaban de ellos, otros temblaban vergonzosamente. Alguien disparó una pistola contra el duende. El tiro alarmó a la policía y si bien la bala no había hecho daño, toda la peña fué a pasar el resto de la noche en la comisaría. Y parece ser que más de uno de sus miembros ha perdido la afición a jugar con los fantasmas.

R. T. THIMMY

París, marzo, 1940.

circunstancia. Y con la misma habilidad que trabajó en las minas siguió trabajando en sus nuevos negocios, hasta el extremo de que no había inversión que tomara él, que no resultara, a la larga, un inversión productiva. En 1878 construyó el sistema de ferrocarriles Southern Pacific, y ocho años después vendió la empresa a otra nueva, con una utilidad de un millón de dólares, suma realmente exigua en la contabilidad del millonario.

En 1880, una época en que la ocultación de la riqueza era no solamente fácil sino también considerada como indispensable con vistas a defraudar al fisco, las autoridades fiscales de California estimaron la fortuna de Fair en 42.000.000 de dólares. No es posible calcular con certeza a cuánto ascendían entonces sus propiedades, que incluía sus minas de Nevada, de valor simplemente inapreciable.

Era muy rico, pero no se sentía feliz, por lo cual buscó nuevas emociones y se dedicó a la política, siendo electo senador en 1881. Fué por esa época cuando su esposa se divorció de él haciendo que el millonario viviera solo en la Casa Lick de San Francisco. Un verdadero regimiento de mujeres probaron sus armas contra él, queriendo vencerlo con toda clase de sonrisas y promesas; pero no lo lograron, y mientras tanto el alcohol lo había enfermado de los riñones y el asma lo había atacado también, haciendo miserables sus días, por lo que peregrinó por toda California buscando el clima benigno que pudiera convenir a su salud en quiebra. Y al fin murió el 28 de diciembre de 1894.

Fair había hecho distintos testamentos durante los últimos tiempos de su vida. Uno de ellos, dictado durante una explosión de rabia, había desheredado a su hijo Carlos, con cuyo matrimonio no había estado de acuerdo. Luego, poco tiempo antes de su muerte, había revocado el mencionado documento y de nuevo había convertido a su hijo en el heredero de una de las mayores fortunas del mundo. Mientras tanto las hijas del millonario habían viajado hacia el Este, decididas a conquistar un lugar entre la mejor sociedad de Nueva York. Una de ellas se casó con un Vanderbilt y la otra fué la esposa de Mr. Herman Oelrichs. Consuelo Vanderbilt, la muchacha que un día se desposó con el duque de Marlborough, era la nieta del pequeño Jimmy Fair que emigrara de Irlanda, y viajando en tercera clase arribara a los Estados Unidos muchos años antes.

Los hijos de James Graham Fair no quedaron satisfechos con su testamento, porque querían absoluto control de las riquezas que el padre había dejado encomendadas a la custodia de unos albaceas. Por los términos de ese testamento, los albaceas mantenían el control de la gran fortuna, concediendo solamente a los herederos, durante toda su vida, el usufructo de la misma. Ello les suponía varios millones de ingresos al año, pero los herederos del inmigrante irlandés no se quisieron conformar con todo ese dinero, sino que se entregaron desde el primer momento a probar que la salud del padre era tan mala en el momento de la firma del documento de última voluntad, que éste no se debía considerar como válido. Y el caso se estaba tramitando en los tribunales competentes, cuando la figura de otra mujer se presentó en la escena.

Se trataba de Mrs. Jeanette Craven, a quien sus amigos llamaban Nettie, una dama que había sido maestra de escuela. Y sus abogados produjeron otro testamento escrito a lápiz, de puño y letra del multimillonario fallecido. Por el mencionado documento se le concedía a Nettie una buena cantidad, mientras que los hijos del muerto recibían casi lo mismo que les dejaba en el otro, y la fortuna no quedaba en las manos de los albaceas.

Se había dicho que los herederos iban a transferir los derechos de Mrs. Craven por la suma de 300.000 dólares, con el fin de dedicarse exclusivamente al pleito originado por la cláusula del otro testamento, referente a los albaceas. Porque entre los dos testamentos, los hijos de Fair preferían el escrito a lápiz, que les permitía entrar inmediatamente en posesión de la gran fortuna de su padre, sin cortapisas. Y en eso estaban cuando el tribunal que entendía en el caso del

primer testamento, falló declarando nula la cláusula de los albaceas.

Una vez que fué vencida la mencionada dificultad, los herederos rechazaron también el otro testamento que concedía a aquella dama una fortuna a la cual ellos no estaban dispuestos a renunciar. Y entonces, cuando trataban de llegar a un entendimiento con ella que sin gran sacrificio pecuniario los dejara en paz, Mrs. Craven les dió la sorpresa de sus vidas presentando un contrato informal de matrimonio y otros documentos que alegaba habían sido escritos por Mister Fair, algunos de los cuales le transmitían la propiedad de ciertos intereses del fallecido.

El papel en que la mencionada mujer basaba su derecho a llamarse viuda del multimillonario, era un documento extraordinario que decía así:

«823 Sutter Street,

«San Francisco, viernes 23 de agosto de 1892.

«Tomo a Nettie R. Craven como mi esposa legal

(firmado) James G. Fair.

«Tomo a James G. Fair como mi esposo legal

(firmado) Nettie R. Craven».

Imagínese lo que sentiría una familia que se consideraba ya como de la aristocracia de los Estados Unidos!

Mrs. Craven presentó también una carta que parecía firmada por el senador Fair, en la que la llamaba «mi esposa». Esa carta la instaba a conservar, hasta después de la muerte de él, el codicilo hológrafo escrito a lápiz.

Mi padre y otros eminentes expertos en caligrafía, habían recibido ejemplares de todos los documentos en disputa, junto con escritos genuinos del multimillonario fallecido. Y tuvo que realizar varios viajes a San Francisco, a través del enorme continente americano.

Todas las sugerencias que hizo a los abogados de los herederos de Fair, fueron llevadas a la práctica. Y una de las cosas más originales que necesitó, fué una enorme ampliación del documento en litigio, que aumentaba el tamaño de las letras nada menos que 3.600 veces. Para ello hubo que construir una cámara especial, un aparato enorme de veinticinco pies de largo, el cual se extendía a través de dos habitaciones. Cada una de las letras del documento así ampliado, alcanzaba una medida de más de un pie cuadrado.

El final de las actividades de mi padre en aquel caso, se halla resumido en las palabras del juez del alto tribunal que falló en la cuestión, así como el pleito que más tarde inició Mrs. Craven contra los herederos, de los que solicitaba cinco mil dólares mensuales, por insistir en que era la viuda del magnate fallecido. En ese fallo el mencionado juez escribió:

«Las pruebas recopiladas acerca de la autenticidad del testamento escrito a lápiz, tras de haber sido escrupulosamente comparado con otros escritos auténticos del muerto, me han llevado al convencimiento, ajeno a toda duda, de que tanto el testamento como los otros documentos que se pretenden escritos también por Mr. Fair no fueron escritos ni firmados por el fallecido, sino que se trata de falsificaciones. Por lo tanto, la realidad es que Mr. Fair no le hizo ningún legado a la peticionaria que ésta pudiera disfrutar después de su muerte, ni tampoco aparece de lo actuado que le concediera una pensión durante el tiempo que vivió. Por lo tanto no se la puede considerar como su esposa de antes ni su viuda de ahora».

—Pero padre, —le pregunté— ¿para qué necesitabas en este caso una ampliación tan enorme de la escritura falsificada?

—Yo no lo necesitaba—me contestó. —Quien lo necesitaba era el jurado que había de fallar en el caso. Yo pude ver sin gran estudio que se trataba de una falsificación, que Fair no había escrito nunca lo que se le achacaba. Pero el jurado necesitaba ver con toda claridad la verdad de nuestras manifestaciones. ¿Recuerdas cuando Gulliver viajó por la tierra de los gigantes?...

—Lo recuerdo.

—Pues debes recordar también los defectos que Gulliver pudo descubrir en la belleza de la mujer gigantesca que lo había tomado bajo su ala a la que nageba la sal y el vinagre... Claro que



Conoció a los jugadores de la época, a los dueños de bares, a los bandidos, a las mujeres de mala vida y a todos los aventureros que corrieron hacia California...

Gulliver se daba también cuenta de que esos mismos defectos que encontraba en ella, existían, si bien no se les notaba, en las mujeres de su propio país, así como en las pequeñitas féminas de Lilibut. Pues bien, un microscopio le da a cualquier mortal la clase de vista con que Gulliver miraba a su gigantesca señora. Y una cámara amplificadora, como la que nosotros mandamos construir, hará posible también esa observación, a los ojos de todos.

—Siendo ello así, ¿por qué no se usa el mismo procedimiento en todas las ocasiones en que se hace necesario demostrar una falsificación?

—Por la sencilla razón de que no existiendo en la mayoría de los casos los millonarios de Fair para pagar los gastos, ni siquiera se puede pensar en ello. Lo que se invirtió en la prueba del caso Fair ascendió a más de lo que constituye el total de las herencias o reclamaciones que se ventilan en otros casos. El multimillonario esperaba que al morir él ocurrieran esos ejemplos de avaricia por parte de los demás, y por ello instituyó en su testamento real que no se les pagara más de cincuenta dólares a esos reclamantes. Yo no sé quién sería la persona que falsificó los documentos de la pretendida viuda, pero sí puedo decir que el trabajo había sido hecho de una manera casi perfecta que se había guiado por ejemplares genuinos de la ca-

ligrafía del viejo. Sin embargo, hubo una letra que en este caso anuló todo el hábil trabajo del falsificador: el senador hacía una especie de símbolo muy peculiar cuando escribía la «q», y parece que el falsificador no obtuvo la muestra de esa letra, por lo cual su «q» era completamente distinta a la del multimillonario fallecido. Y no tuvo más remedio que usar la «q» cada vez que escribió «bequeath» (legar).

Fué esa ignorancia de un punto tan importante, la que derrotó el propósito del falsificador y esos que lo inspiraron. Una parte del testamento falsificado y una porción del documento genuino escrito por Mr. Fair podía, a primera vista, parecer escrito por la misma mano; pero el microscopio puso de relieve que las letras habían sido retocadas no menos que quinientas veces en el documento apócrifo. Un niño podía ver en la enorme ampliación que la pluma que se había detenido de ese modo, avanzaba por un camino que le era extraño.

o o o

(En el próximo artículo titulado «Salvado de la pena de muerte», Miss Carvalho refiere como el testimonio de su padre en el célebre caso Molineux, salvó de la silla eléctrica a un inocente).



Caricatura inspirada en la vacunación.

La incansable viajera

Retrato de Eduardo Jenner, según un grabado de la época realizado por Monraldi.— Al lado: Lady Montague, esposa del embajador inglés en Constantinopla, que introdujo hacia 1720 la práctica de la inoculación en Inglaterra.



Los asiáticos conocían la vacunación hacía siglos JENNER, EL HOMBRE DE LA INTUICION ADMIRABLE, QUE SALVO NUMEROSAS VIDAS HUMANAS

Por el doctor ALTHOTAS

LA viruela es la enfermedad que más ha viajado en el mundo. Siguiendo trayectoria clásica, de oriente a occidente, son incontables las veces que ha dado la vuelta al globo, demostrando una gran facilidad de radicación en todos los climas y en todas las razas. La mención más antigua de esta enfermedad, como epidemia importante, se tiene de China, en el año 1122 antes de J. C., bajo la dinastía de Tcheoco, y son numerosas las crónicas que la señalan como endémica en las costas del mar Rojo y golfo Pérsico y en casi toda Arabia hasta los primeros siglos de nuestra era. Más tarde los árabes, con sus guerras religiosas, la adquirieron y la transmitieron por las regiones objeto de sus conquistas, y los guerreros de las Cruzadas la llevaron a Europa, junto con sus trofeos de Tierra Santa, completando la importación que hizo de ella Tarik al conquistar España.

ORIGEN DE SU DENOMINACION

Sin embargo, la primera vez que aparece con su nombre actual es en las Crónicas de Marius, obispo de Avenches, que describe una importante epidemia de viruela (variolis, escribe) que asoló la Galia en Italia por los años 570 a 580. Dos in-

fantes de la familia real, Dagoberto y Clodoberto, hijos de Chilperico y de Fredegunda, murieron a consecuencia de ella. En 580, Austregilda, esposa de Gontrán, rey de Borgoña, en su lecho de muerte a causa de la viruela, pidió a su esposo, como supremo favor, que condenara a muerte a sus médicos Nicolás y Donato. Estos fueron decapitados para satisfacer el espíritu de la terrible reina, pero no sabemos que la ciencia haya progresado de golpe en aquel entonces, respondiendo a medida tan radical contra la ignorancia de los físicos y astrólogos que administraban la salud.

No es difícil deducir que enfermedad tan antigua y de tan fácil extensión provocara en todos el deseo de hallar un remedio para extirparla. Los sortilegios y toda la extraña terapéutica de los tiempos antiguos se pusieron en práctica inútilmente hasta que apareció la vacuna del virus varioloso, una de las conquistas científicas que ha sobrevivido distintas épocas, por su certera eficacia.

LAS PRIMERAS INOCULACIONES CONOCIDAS

Mientras en Europa la gente trataba de curarse con sortilegios y oraciones, ya en Asia se practicaba la inoculación, «inertando» la enfermedad

en el brazo de las personas sanas. La primera noticia concreta que se tuvo en Europa de este método fué por intermedio de la esposa del embajador de Inglaterra en Constantinopla, lady Montague, la que en una carta fechada el 10. de abril de 1717 refiere el método utilizado en esa ciudad. «Existen en Constantinopla—escribía lady Montague—algunas buenas mujeres que hacen el oficio en el otoño, en el mes de septiembre, en que los grandes calores comienzan a disminuir, de inocular, de insertar la viruela a personas sanas. Cuando ha reunido quince o dieciséis personas, la buena vieja se presenta con una cáscara de nuez llena de la mejor especie de viruela y exige y pregunta cuál es la vena que debe abrir. En seguida hace una incisión en aquella que se le señala e introduce una gran aguja (no produce mayor dolor que un rasguño ordinario), e inserta tanto virus como puede conservar sobre la cabeza de la aguja. Las personas inoculadas de este modo no presentan ningún sintoma hasta el octavo día: entonces la fiebre se declara; tienen en el rostro una veintena de pústulas que no marcan jamás; guardan el lecho dos días, raramente tres; en ocho días a lo más están curadas de la forma ligera, atenuada de la viruela que se han inoculado voluntariamente, con el fin de escapar después a los ataques de la viruela grave, a los que se está siempre expuesto en caso de epidemia».

Como puede apreciarse, la descripción que hacía lady Montague en el año 1717 no difiere mucho de la evolución que sufre en nuestros días la persona vacunada con virus bovino.

Esta noticia tuvo amplia repercusión en Inglaterra, y aunque al comienzo «la ignorancia, la envidia, la mala fe y la maledicencia», dicen los autores de la época, se unieron contra el nuevo método, en 1721, el Colegio de Médicos de Londres autorizó experiencias en seis condenados a muerte: cuatro hombres y dos mujeres, que con el terror consiguiente se sometieron a la inoculación, que al no tener mayores complicaciones les permitió salvar la vida que estaba destinada a la horca.

Poco a poco se fueron venciendo las vallas que se oponían a la difusión del método: la ignorancia, la superstición y los prejuicios religiosos, hasta lograrse una relativa generalización de la profilaxis en Europa, cuando los espíritus inquietos de los enciclopedistas franceses auspiciaron el descubrimiento.

Sin embargo, la profilaxis moderna de la viruela comienza en 1776, cuando un oscuro médico de Berkeley, en Inglaterra, Eduardo Jenner, observó que sus clientes que sufrían de pústulas provenientes de cow-pox o viruela de las vacas se mostraban refractarios a la viruela humana. Jenner, que no contaba con los elementos de investigación de los laboratorios actuales, pensó lógicamente y juiciosamente que la enfermedad en el bovino era del mismo tipo que la humana, y este error inicial sirvió no obstante para hacerle aceptar en forma intuitiva la posibilidad de la prevención en el ser humano.

Veinte años duraron los estudios de Jenner, en cuyo transcurso dudó más de una vez, prudentemente, en popularizar su descubrimiento, que partía de una sencilla observación clínica, hasta que el 14 de mayo de 1796 abrió los botones postulosos de una vaquera, Sara Melmes, e inoculó el contenido a James Phips, un chiquillo de diez años, y dos más tarde se animó a dar a la imprenta su famoso libro «Las causas y efectos de la viruela vacunante», afirmando que todos sus clien-

(CONTINUA EN LA PAGINA 8)

APLICANDO LA TEORIA DE LAS SECRECIONES INTERNAS, EL DOCTOR EVANS HA REALIZADO MILAGROS

Por WHIT WELLMAN

A PESAR de sus diferencias físicas, existen numerosas similitudes peculiares entre el hombre y la rata como, por ejemplo, el hecho de que tanto el uno como la otra responden a los mismos estimulantes.

Por lo menos así lo ha comprobado el doctor Herbert M. Evans, inventor de un «polvo mágico» sustancia que ejerce un curiosísimo efecto en el crecimiento del hombre y de los animales. Se trata, sencillamente, de un extracto molido de las glándulas pituitarias extraídas del cerebro de animales vacunos recién sacrificados. El producto se convierte en una solución, y ésta es inyectada subcutáneamente. ¡Unas cuantas inyecciones, y la persona crece!

Tal la historia de un nuevo milagro occidental, o lo que las gentes consideraron un milagro, pero que en realidad sólo fué el funcionamiento perfecto del extracto de glándulas pituitarias. Una niña de California había dejado de crecer a los cuatro años de edad. Sus compañeras de juego seguían creciendo normalmente y en poco tiempo pasaron a la pequeña Katherine—llamémosla así—, hasta que sus padres empezaron a preocuparse. Estudiaron todos los métodos modernos para estimular el crecimiento: nuevas dietas, medicinas, ejercicios. Todo en vano. Después de cinco años y medio de desesperados esfuerzos, intentándolo todo Katherine no había crecido una pulgada. Al parecer, estaba condenada a ser enana.

Pero un día llegó del este el doctor William Engelbach, quien examinó a Katherine, llamando de inmediato al doctor Evans. Unas semanas de inyecciones a base del extracto de glándulas pituitarias, y se produjo el milagro. ¡Katherine empezó a crecer nuevamente!

Los huesos que durante cerca de seis años estuvieron adormecidos empezaron a extenderse. Su rostro se normalizó. En dos años ganó unas cinco pulgadas y ahora se encuentra ya en camino de alcanzar su crecimiento normal.

Hasta entonces, nunca se había acometido nada semejante en los anales de la medicina. Era, en verdad, el «milagro moderno».

EL LABORATORIO DEL «MAGO»

En el laboratorio del doctor Evans hay numerosas ratas, ordinarias y gigantes.

—Una de estas enormes ratas—dice el doctor—era casi enana cuando la empecé a someter a mi tratamiento. Diariamente le inyectamos la sustancia extraída de las glándulas pituitarias y he aquí el resultado. Hasta la rata común se desarrolla enormemente cuando se la somete a ese tratamiento.

De una pequeña jaula tomó la más grande de todas, un verdadero monstruo, que pesa más de kilo y medio.

—Aquí tiene ésta, por ejemplo. La he hecho crecer más de dos veces el tamaño normal de los machos. También hemos producido en este laboratorio gigantescas hembras, que alcanzaron a casi tres veces su desarrollo normal.

El «polvo mágico» es un derivado reciente de la sustancia que provoca el crecimiento. Todavía no ha sido elaborado sintéticamente.

—Lo obtenemos—explica el doctor Evans—extrayendo una pequeña glándula, la pituitaria, de la cabeza de un vacuno sacrificado en el matadero. La glándula se encuentra en una cavidad del cráneo, cerca de su base, en todos los animales mayores, incluso el hombre. Su tamaño varía según el animal, pero su misión es siempre la misma. La de la vaca tiene el tamaño aproximado de una aceituna. La del hombre es como una cereza chica, y la de la rata, como la semilla de una uva. Pero de todas ellas se obtiene el mismo extracto.

«La pituitaria es sólo una de las varias glándulas pequeñas pero vitales, y obra como agente di-

**UN TALISMAN
CONVIERTE EN
GIGANTES a los
ENANOS**



¿Qué será del negocio de esta «grupe liliputiense» si la ciencia resuelve hacerlos crecer?

¿Estos enanos podrán lograr un día la altura de su acompañante?



rector de las funciones del cuerpo, así como el director de orquesta armoniza los diversos instrumentos que integran el conjunto que dirige. Cuando todas las glándulas funcionan perfectamente, la armonía es completa».

En el laboratorio del doctor Evans las ratas reciben más atenciones y cuidados que muchas criaturas. Los técnicos y sus ayudantes están cons-

tantemente limpiando las jaulas, pesando los animales, alimentándolos, dándoles inyecciones y anotando día por día todas las observaciones en libros especiales. Es una labor difícil y engorrosa, que no termina nunca.

—Tenemos una deuda con nuestras ratas—dice el doctor Evans. —Desde hace diez años hemos comprado y criado alrededor de unas mil por mes. Cada una de ellas es atendida con especial atención. Afortunadamente, la rata se reproduce rápidamente. Conseguir los datos que necesitamos utilizando seres humanos haría necesario un ciclo de experimentos que durarían mil años en lugar de diez.

EL DESCUBRIMIENTO

El notable descubrimiento del doctor Evans después de muchos años de experimentos y profundos estudios, igual que otros descubrimientos científicos importantes, fué hallado como consecuencia de un estudio sobre un asunto completamente distinto. El doctor Evans inició su carrera como embriólogo; o sea, el sabio que se dedica al estudio de los seres humanos y animales antes de su nacimiento. Quería saber qué factores influían en la vida prenatal de las criaturas y animales. Durante su trabajo estudió las funciones reproductivas de la rata. Consiguió elaborar un ciclo de reproducción, y después inició una larga serie de experimentos destinados a cambiar ese ciclo, experimentando, como primera medida, los efectos de diversos alimentos.

Su primer resultado notable fué el descubrimiento de la vitamina E, necesaria para el funcionamiento normal de los órganos reproductivos. Y poco después llegó a este interrogante: ¿Influyen sobre los órganos reproductivos otros órganos del cuerpo?

Experimentó con diversos tejidos tomados de di-



El finlandés Myllirinées, estrechando la mano de dos señoritas compatriotas que a su lado parecen enanas.

ferentes partes del cuerpo, inyectando soluciones de ellos a ratas hembras. Pero los numerosos experimentos efectuados fracasaron en su mayoría. Y, de pronto, ¡la sorpresa, el milagro!

Al moler las glándulas pituitarias y crear una solución que inyectó a las ratas, éstas se convirtieron en animales gigantes.

Hace muchos años que la medicina sospechaba ya la influencia que esta glándula ejercía en el crecimiento. Creían—sin pruebas definitivas—que esa era la causa original de gigantes como Primo Carnera, el joven Robert Wadlosw, Williard Akin y Jack Earle, el tejano que media ocho pies cinco pulgadas.

¡Y allí estaba la prueba! La superactividad de la glándula pituitaria producía gigantes, mientras que inyectando la solución extraída de las glándulas pituitarias a las ratas, no sólo se provocaba su extraordinaria crecimiento, sino algunos cambios en sus glándulas reproductoras. Extrajeron dicha glándula a una rata hembra, y poco después comprobaron que, sin ella, el animal no crecía, quedando convertida en una rata enana, no alcanzando tampoco su madurez. La falta de la glándula pituitaria producía una degeneración de la tiroidea y la adrenal.

Aparentemente, aquel extracto afectaba tanto al crecimiento como a la madurez sexual, lo cual provocó un segundo interrogante. ¿Se producían ambos efectos por una sustancia química o por varias? Prosiguieron los experimentos. La solución glandular fué congelada, filtrada, calentada y sometida a tratamientos con diversas materias químicas, hasta que, después de pacientes estudios, se llegó a producir la solución que provocaba el crecimiento, pero que no afectaba en absoluto a las glándulas reproductoras. Aquella era la prueba definitiva de que la glándula pituitaria producía dos secreciones químicas en lugar de una. Desde entonces se ha conseguido ya aislar dichas secreciones, avanzándose notablemente en los experimentos que se refieren al crecimiento y la reproducción.

La incansable viajera...

tes, preparados como James Phips, estaban con seguridad al abrigo de la viruela.

Desde entonces la inoculación j Jenneriana quedó consagrada como la única prevención contra la temible enfermedad.

LA VACUNACION EN AMERICA

El Descubrimiento trajo a América, entre muchas cosas buenas y malas, la viruela. En el siglo XVII la enfermedad se halla completamente extendida con caracteres graves y reforzada con continuas afluencias de enfermos europeos, haciéndose sentir con mayor intensidad entre el elemento indígena. A comienzos del siglo XIX, se radica endémicamente en el Río de la Plata y el 5 de julio de 1805 llega por primera vez el virus salvador, con anterioridad al arribo de la expedición real dirigida por Francisco Javier Balmis. En efecto, don Antonio Machado Carvalho, dueño de la fragata portuguesa «La rosa del río», mandada por el capitán Manuel José Díaz, introdujo al puerto de Montevideo algunos negros vacunados y envió al virrey Sobremonte, a Buenos Aires, virus conservado en vidrio, obsequio que amplió trayendo personalmente dos pequeños negros vacunados, uno de los cuales tenía la verdadera vacuna.

Las primeras inoculaciones se hicieron en cinco niños de la Casa de Expósitos, del 10. al 4 de agosto de 1805, y el 30 del mismo mes se encargaba oficialmente de la difusión de la vacuna al canónigo doctor don Saturnino de Seguro, el que comenzó de inmediato su humanitaria tarea, inoculando a los niños y adultos. El canónigo de Seguro, cuenta la tradición, utilizaba preferentemente su quinta de los suburbios, de la que se conserva el histórico pacará bajo cuya amplia ramazón ejercía su encomiable labor, de una manera bellamente bíblica.

Sin embargo, no todo marchaba por un sendero

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK



El doctor Evans declara que todavía no está en condiciones de generalizar el uso de esas inyecciones ni empleo del «polvo mágico».

—Nuestra dificultad actual—dice—consiste en obtener una potente secreción libre de impurezas. Si bien logramos los resultados deseados en el caso de esa niña de California, comprobamos también que las impurezas contenidas en el extracto glandular producían considerables dolores. Lo que necesitamos ahora en nuestro laboratorio es un químico especializado y de indiscutible capacidad que tome a su cargo la tarea de producir el hormón en un estado puro y hasta posiblemente

te analizar su fórmula química y prepararla sintéticamente. Por ahora no podemos hacer frente al costo que implicaría ese químico, y en consecuencia, nos vemos obligados a esperar, aún cuando sabemos que nos hallamos en vísperas del éxito definitivo. Ya hemos preparado extractos utilísimos de otras glándulas endócrinas, a base de insulina y adrenalina. Estoy seguro de que podremos llegar a idéntico resultado con el hormón de la pituitaria. Y una vez que lo hayamos conseguido estaremos en condiciones de mejorar a los niños cuyo crecimiento ha sido retardado o detenido por deficiencias de su glándula pituitaria.

de rosas. La resistencia popular a la inoculación era grande, y, dado este estado de cosas, agravado por los años, en octubre 92 de 1821, bajo el progresista gobierno de Martín Rodríguez y de su ministro Rivadavia, se lanza el primer decreto estableciendo la administración de vacuna y las normas a que debería ajustarse la profilaxis variólica, decreto complementado en marzo de 1822 por otro de Rivadavia—ya presidente—extendiéndola a la campaña.

LA PRIMERA ORDENANZA DE VACUNACION OBLIGATORIA

La profilaxis variólica sufrió las oscilaciones de la política, y en el año 1886, consolidada ya la organización nacional y dispuestos los espíritus a la obra constructiva, se tuvo la primera ordenanza de vacunación obligatoria, bajo la intendencia de don Torcuato de Alvear. En la capital de Buenos Aires en el año 1868 se hizo la primera compilación seria de números respecto de la mortalidad por este mal. La cifra de ese entonces acu-

sa 251 personas muertas de viruela. Desde ese año las diversas epidemias ocurridas dan las siguientes cantidades máximas: año 1871, 1.656; año 1875, 1.041; año 1880, 832; año 1883, 1.510; año 1887, 1.299; año 1890, 2.198; año 1901, 1.227; año 1906, 970; año 1910, 543; año 1913, 18; año 1922, 9.

Desde el año 1916 a la fecha, excluyendo el brote de 1922, no se registran más de 6 muertes por viruela, todas con origen en el interior del país, salvo un caso, ocurrido en el año 1928, registrado en la capital de Buenos Aires.

EL COLMO

Se estima que los padres de un niño por venir, pasan cinco días, término medio, buscando un nombre. Sin embargo, todavía hay algunos que los bautizan Tiburcios, Canutos, Pancrasios...

¿QUIEN PAGA LA GUERRA?

«Esta guerra es tan de los neutrales, en ideales y costo, como de los beligerantes».—(Ministro de Relaciones Exteriores de Rumania Grigore G. fencu).

Descubrimiento Glandular Que Restaura La Juventud En 24 Horas

Los que padecen de pérdida del vigor, nerviosidad, cuerpo débil, sangre impura, falta de memoria y que están prematuramente envejecidos y desgastados recibirán con alegría la noticia de un nuevo descubrimiento glandular hecho por un médico americano. Con este nuevo descubrimiento es posible restaurar rápida y fácilmente el vigor de sus glándulas y de su cuerpo, producir sangre rica y pura, fortalecer su mente y su memoria y hacer que en 8 días se sienta usted como un hombre nuevo. En efecto, este nuevo descubrimiento que es una medicina casera en forma de tabletas agradables y fáciles de tomar, pone fin a las operaciones glandulares y empieza a producir nuevo vigor y energía en 24 horas, y pesar de esto es absoluta-

mente inofensivo y obra de manera natural. El éxito de este descubrimiento sorprendente llamado Varko ha sido tan grande en los Estados Unidos, que hoy se vende aquí en todas las farmacias y boticas bajo la garantía de dar completa satisfacción o se devuelve el dinero. En otras palabras, Varko hará que usted se sienta lleno de vigor y energía, y de 10 a 20 años más joven, o de lo contrario basta que presente el frasco vacío y se le devolverá su dinero. Un frasco de 48 Varko especiales de fuerza doble cuesta poco y usted está además protegido por la garantía. **Varko Devuelve Vigor y Vitalidad.**

IGUAL QUE AHORA, TURQUIA NUNCA RECONOCIO LAS SUCESIVAS REPARTICIONES DE POLONIA

EL 10 de octubre de 1794, la libertad polaca quedó enterrada en Maciejowice. La abrumadora superioridad de las tropas rusas aplastó la heroica resistencia de los insurgentes polacos en la sangrienta batalla librada en las cercanías de Varsovia.

—Se acabó Polonia—suspiró Kosciuszko, jefe de la insurrección ahogada en sangre, cuando, malherido, fué recogido por los rusos en el campo de batalla, para ser enviado luego a la prisión.

En efecto, las tropas de Suvarow entraron en Varsovia, y Polonia, como estado soberano e independiente, dejó de existir durante un siglo y cuarto. Las sublevaciones sucesivas fueron aplastadas con sangre y fuego por los rusos, con el mismo rigor implacable que antes. Maciejowice fué la tumba de la independencia polaca.

Aunque indignadas en los primeros momentos que sucedieron a la rapiña, las potencias europeas no tardaron en reconocer la partición de Polonia entre Rusia, Austria y Prusia. Y cerrando sus ojos ante el hecho consumado, se hicieron cómplices de uno de los crímenes más horrendos de la historia. Todas, menos una: la Sublime Puerta. Igual que ahora, Turquía se negó a prestar complicidad a semejante violación del derecho de gentes, al aniquilamiento de una nación, y jamás reconoció la división de Polonia. Turquía no quiso participar en el «pecado mortal de Europa».

«Y EL EMBAJADOR DE POLONIA, ¿DONDE ESTA?»

Y cada vez que se realizaba alguna ceremonia en el «Selamic» de Constantinopla, el sultán, después de haber recibido los saludos de los diplomáticos extranjeros, se dirigía, infaliblemente, al gran maestro de ceremonias, con la siguiente pregunta:

—Y el embajador de Polonia, ¿dónde está?

El interrogado se inclinaba con reverencia, antes de contestar:

—El embajador de Polonia está de viaje, sire.

Todo esto no era más que una farsa, claro está. Una farsa protocolar, un juego fino en la etiqueta cortesana, pero era, sobre todo, un símbolo que señalaba ante el mundo que Polonia no había dejado de existir para Turquía, y, por consiguiente, tenía derecho a enviar un embajador a Constantinopla. Más aun: que la presencia de su representante diplomático era grata en la corte otomana.

Esta ceremonia protocolar se realizaba sin ninguna modificación durante ciento veinticinco años, y sólo sufrió un pequeño cambio cuando a principios de 1919 el primer embajador de Polonia entregó sus credenciales al último sultán de Turquía. El soberano, fiel a las tradiciones de sus antecesores, llegó a formular por última vez la clásica pregunta en una de las recepciones de gala en la corte:

—Y el embajador de Polonia, ¿dónde está?

El gran maestro de ceremonias se inclinó con reverencia, como siempre, pero esta vez señaló la puerta, antes de contestar:

—El embajador de Polonia ha llegado, sire.

POLONIA RESUCITARA

Sí, Turquía no hace más que seguir sus tradiciones al no reconocer la nueva división de Polonia. Los turcos saben que la nación polaca no está muerta, como no lo estuvo durante un siglo y cuarto. Saben que Polonia resucitará. Purificada de sus pecados, ascenderá de su tumba para cumplir su misión histórica, para ocupar el lugar que le está reservado entre las naciones de la nueva Europa. El águila blanca polaca es el ave fénix mitológica, que resurge de sus cenizas, más resplandeciente que antes...

No del más a la menor duda de que la situación actual de Polonia presenta una analogía notable con la de su tercera partición, en 1795. Pero sería una equivocación afirmar que fueron los mismos pecados y errores de hace un siglo y cuarto los que provocaron la reciente, la cuarta partición de Po-

"Y el EMBAJADOR



El águila blanca es el símbolo de la eternidad de Polonia. Es la mitológica ave fénix, que resurge milagrosamente de sus cenizas.

de POLONIA, ¿dónde está?"



Por
Ladislao
SZABO



Wladyslaw Raczkiewicz, presidente del nuevo gobierno constituido en Angers, Francia, quien juzgó severamente al régimen caído de Polonia, en el manifiesto recién publicado.

Arriba: El Hotel del Danubio, sede del primer gobierno polaco en París. El «Cizel», uno de los submarinos polacos que prestan servicio con la flota inglesa.

lonia. De ninguna manera. Sin embargo, hubo errores fatales, que determinaron el desastre nacional. Polonia recuperó su independencia en 1918 pero olvidó las enseñanzas de Kosciuszko. Fué éste el más grande de los héroes de Polonia, quien no tuvo reparos en afirmar que sólo un pueblo libre puede defender a su país contra una amenaza exterior.

Nada más cierto. La lucha épica del pueblo finlandés contra los Soviets demuestra con suma elocuencia que los esclavos combaten por el temor al castigo, mientras los hombres libres son capaces de realizar milagros en defensa de su libertad.

LAS DERROTAS DE POLONIA

Fué la «szlachta», la pequeña nobleza polaca, siempre litigosa y reacia a las ideas democráticas, la que contribuyó eficazmente a la ruina del país en 1792. Descontentos con el rey débil, y celosos entre sí en sus rivalidades políticas, los nobles polacos buscaban el apoyo de las potencias vecinas,

cuya política imperialista se aprovechó hábilmente de la situación caótica del país. Y fueron los miembros de la Dieta polaca los que, vendidos al oro ruso y prusiano, sancionaron la partición de Polonia, tanto en el año 1772 como en 1792, ver-

tiendo falsas lágrimas patrióticas a la vez, ante la estupefacción del pueblo oprimido. Era una generación corrompida, que sólo heredó los defectos de sus antepasados gloriosos y llegó a perder en menos de un cuarto de siglo al país más poderoso de toda Europa oriental.

LA CONCIENCIA DE POLONIA

Fué la conciencia nacional de Polonia la que se despertó en Kosciuszko, uno de los héroes más grandes de la libertad de todos los tiempos. Kosciuszko fué la reencarnación de la otra Polonia, la verdadera. Sus palabras lograron sacudir a la nación. Los verdaderos patriotas no vacilaron en ponerse bajo las banderas de Kosciuszko, quien asumió la dirección de la insurrección nacional como jefe militar y dictador.

Sabiendo que sólo el pueblo podría reconquistar la libertad de Polonia, su primer acto de dictador fué la abolición de la servidumbre. Dió igualdad y derechos para el campesino y quitándose el fastuoso traje de gala de los nobles polacos se vistió de «chamara», la blusa de los campesinos. Con ello

MADRID, 1895

POR PIO BAROJA

Los Jardines del Buen Retiro eran sitio estratégico e importante para la burguesía madrileña de hace más de 40 años. En aquellos jardines se podían pasar las noches de verano de una manera agradable. Era lugar relativamente céntrico, contiguo a la plaza de la Cibeles; había en él un teatro grande, árboles, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y música.

El jardín presentaba soberbio aspecto de noche, iluminado con brillantez por los arcos voltaicos. Cruzaban damas elegantes y señores bien vestidos. Se lucía, se coqueteaba, se piropeaba y se cambiaban miradas ardientes entre unas y otros. La gente se divertía, probablemente, como hace quinientos años y como se divertirá con seguridad dentro de otros quinientos. Por un precio módico se tomaba el fresco las noches ardorosas del verano madrileño y se charlaba en una tertulia. En unas temporadas se oía ópera, aunque barata, no mala; en otras, se veían representar zarzuelas bufas y algunos bailes y pantomimas de gran espectáculo.

Los días de moda, en junio y a principios de julio, antes del éxodo de la gente rica a la costa cantábrica, los Jardines tenían aire de gran gala.

Al público del Buen Retiro que quedaba en el rigor del verano se le motejaba de pobre y con pretensiones; es decir, de cursi, terrible acusación, espada de Damocles de los españoles durante cincuenta años, y a la cual hoy parece irsele quitando la punta y el filo.

A las funciones de los Jardines iba, según se aseguraba, mucho «tifus»; es decir, gente que entraba de balde. Ello no impedía a estos «tíficos» darse gran tono en el teatro y hasta desacreditar el lugar de su diversión.

Se veían allí casi siempre gran número de políticos, de periodistas y varias familias de la aristocracia. De éstas, por presentarse en el jardín todas las noches y no salir a veranear a las playas del Norte, se pensaba si estarían arruinadas. Como hay un fondo de petulancia y de malevolencia hasta para lo agradable, los mismos que se divertían y distraían en los Jardines no lo confesaban casi nunca, y hablaban de ellos como sitio de aburrimiento, de cursilería y de fastidio. Había entonces en el público más variedad de tipos que ahora; variedad, naturalmente, externa. El hombre no cambia por dentro ni en cuarenta ni en cuatrocientos años. Por lo menos, no ha cambiado hasta ahora.

Entre los varones, unos llevaban barba, otros bigotes erizados, a la borgoña; algunos, una sortijilla ridícula sobre el labio, y no faltaban los

quiso señalar que sólo se apoyaba en el pueblo, oprimido y explotado hasta entonces. La gleba polaca debía convertirse en una nación consciente, unida y libre, para defender su existencia.

Kosciuszko, el libertador del pueblo polaco, no tardó en derrotar a los rusos en varias oportunidades, frente a su ejército reclutado entre los campesinos. La reconquista de Cracovia fué seguida por la victoria de Rclawice y por su entrada triunfal en Varsovia. Y fué, evidentemente, la falta del apoyo de una parte de la nobleza polaca uno de los factores de su derrota en Maciejowice. Y también de la tercera participación de Polonia...

LA MISION DE POLONIA

La «Polonia Restituta» no cometió los mismos errores que determinaron su desaparición en 1795, pero también tuvo sus equivocaciones fatales. Tanto el triste caso de Checoslovaquia, como el trágico ejemplo de Polonia, demuestran que un país satu-

que llevaban las guías engomadas a estilo de Napoleón III. Se usaban con frecuencia cuellos de pajarita, corbatas de plastón, sombreros de copa, levitas y chaqués.

También entre las mujeres existía mayor variedad; casi ninguna se pintaba, o si lo hacía, no era de una manera tan exagerada como en esta época. El maquillaje se consideraba sólo para las hetairas, para las horizontales; era la palabra del tiempo y se miraba como algo chocante y de poca distinción.

La pintura desvergonzada y con mucha pasta de color sobre la piel de la cara y la depilación de las cejas ha dado a las mujeres de hoy un aire inexpresivo de muñecas y una falta absoluta de carácter. Princesas, manicuras, tanguistas y cocineras, todas parecen actualmente lo mismo, de la misma harina, «ejusdem farinae», que decimos los latinistas. Lo terrible es que quizá lo sean.

Las clases se notaban entonces más que ahora, y por poca perspicacia que tuviera una persona no confundía la dama aristocrática con la corista o con la figurante de un teatro.

Los días de fiesta engrosaba el público del Buen Retiro con gente oscura de comercio y de tiendecillas de barrios bajos, y hasta con otra más pobre próxima a la plebécula.

Eran menestrales, unos, alborotadores, y otros, un poco cohibidos, como gallinas en corral ajeno. Esto daba al paseo un aire plebeyo y provinciano.

Los abonados, los de siempre, miraban con cierta indiferencia irónica a los domingueros, más turbulentos y locuaces.

Alguno de los espectadores de ocasión, protestantes de las diversiones de los demás, llamaban a los habituales los aburridos con dignidad.

El inventor de la frasecilla tuvo su éxito, porque se repitió con fruición, refiriéndose al público de casinos, balnearios y playas poco frecuentados y algo lánguidos.

La gente goza de tan poca fantasía que tiene que recoger con ansia unos de otros estos pequeños adornos de la conversación. Son como traperos o colilleros de frases hechas.

Cosa, en parte digna de señalarse, era que, en general, a los extranjeros no les gustaba absolutamente nada los Jardines del Retiro. Los franceses encontraban poca libertad para hablar con las mujeres y los alemanes preguntaban extrañados:

—¿Pero aquí dónde se bebe?

El espectáculo era exclusivamente madrileño, un tanto cortesano, un tanto provinciano, elegante, y, al mismo tiempo, pobretón.

El público de los Jardines del Buen Retiro se sentaba en las sillas, en corros, alrededor del

radio de minorías y guiado por determinados grupos solamente no puede ofrecer una resistencia capaz de detener una invasión extranjera. Y así lo da a entender también el manifiesto publicado recientemente, en el cual el gobierno polaco residente en Francia juzga severamente al régimen político caído, que no supo estar a la altura de su misión en los momentos decisivos.

Fué en Angers donde Polonia encontró su camino nuevamente. El camino que le fué señalado por Kosciuszko. La verdadera fuerza de Polonia no está en sus cañones, sino en su pueblo. En el pueblo, que hasta ahora siempre resultó perdedor pero cuyo patriotismo es el amor a la tierra de sus antepasados. Hasta ahora no hubo un solo polaco en el territorio ocupado por los alemanes que hubierá aceptado la orden de Berlín para formar un gobierno vasallo, similar al del «presidente» Hacha en Piaga.



Arriba: Una gran actriz de la época: Teodora Lamadrid. Abajo: Carnaval en el Salón del Prado.

quiosco central, donde tocaba la música, dejando libre la pista para pasear. Los focos eléctricos, colgados de cables tendidos en postes, entre los árboles, iluminaban el paseo con una luz muy blanca, como de luna. Los tales focos, con dos carbones, lucían con intermitencias y echaban chispas.

Estos arcos voltaicos, metidos en globos de cristal esmerilado, envueltos en un enrejado de alambre, brillaban entre nubes de mariposas y mosquitos atraídos por la luz cegadora.

Parte del público sentado en las sillas del jardín, se levantaba e iba de prisa al teatro cuando los timbres anunciaban el comienzo de la representación de un acto; otros, sin duda más indiferentes o menos filarmónicos, desdeñaban el espectáculo y se quedaban disfrutando del fresco de la noche.

Muy pocos tomaban localidades de butacas o palcos; la mayoría de la gente se sentaba en una galería circular en torno de la sala. En esta galería, con el piso de arena, se amontonaban las sillas de paja ordinarias.

Las mujeres se quejaban de los malos asientos. Al parecer, se les engañaba con los malos asientos, un tanto desvencijados.

Dentro del teatro, la luz parecía más blanca, y cuando se rompía el globo de un arco voltaico se veían los dos carbones incandescentes tan brillantes.

tes, que dejaban, por un momento, a cualquiera medio ciego. Como el público, en su mayoría, era de cierta posición más o menos sólida y estaba acostumbrado a oír óperas en el Teatro Real, tomaba las representaciones aquellas un poco en chunga.

La ópera, cosa seria y sagrada para la generación anterior, tenía para ésta un aire de broma.

Los espectadores escuchaban unos trozos y desdénaba otros; se oía, por ejemplo, en *Lucrecia Borgia*, el coro *Bella Venezia*, y la cavatina del «duque de Ferrara», *Vieni la mia vendetta*. En *La Favorita* se escuchaba el dúo del barítono y la tiple y el *Spirto gentil*, y de diez veces, nueve, entre personas mayores, se recordaba al tenor C. varre. Era el eterno lugar común. En *El Trovador* se escuchaba *Il balen der suo sorriso* o *Matre iniciece*, según fuera el tenor o el barítono de fama el cantante principal, y todo el mundo tarareaba *Ah che la morte ognora, Addi, Leonora! Addio!* En el *Ballo in maschera* se oían las dos canciones del barítono *Alla vita che tarride, Eri tu che macchia- vi quell'anima*, y también el ellegro del paje *Ah di che fulgor*, y la canción ligera y alegre *Saper vorrestre*.

En la *Africana*, cuyo argumento parecía siempre un logogrifo inexplicable, aparecían «Selika» y «Neiusco» con camisetas obscuras de punto, muchos anillos y pulseras, y el marino «Vasco de Gama», después de lanzar un gallo, se ponía a tomar mediciones con un compás muy grande en un mapa. ¿Qué media? El público, en general, no se enteraba de la razón de aquellas medidas misteriosas, que quedaban en el mayor secreto.

Aida resultaba tan oscura y tan negra como la *Africana*, y *Los Hugonotes* no le iban a la zaga. Aquí todo el mundo tarareaba la canción del paje, la ronda de los bohemios y el canto de la queda. El «duque de Mantua», en *Rigoletto*, cantaba su *ballata* de bravura y de indiferencia *Questo a quella*, poniéndose los guantes, y la *Donna e mobile*, sentado en una mesa.

Algunos viejos recordaban a Tamberlick. ¡Ah! Aquél era un tenor.

Las decoraciones eran bastante malas, y el vestuario, de la guardarropía del Real, deslucido y ajado.

Los coros estaban siempre constituidos por señoras viejas y señores calvos y gruesos. Cantaban unas y otros con mucha afinación, y las bailarinas, mujeres esqueléticas, con piernas masculinas y fuertes, marchaban con agilidad, deslizándose sobre las puntas de los pies.

Había siempre cosas ridículas, y, al parecer, inevitables. La tiple de la *Traviata*, «Violetta», en su lecho de muerte, tísica por los cuatro costados, era una señora gorda y apaisada, a quien se podía pronosticar, a cincuenta metros de distancia, expuesta a la aplopejía, pero inmune en absoluto para la acción del bacilo de Koch.

A pesar de ello, la música sentimental de la ópera de Verdi hacía llorar a algunos viejos. El brindis *Liviamo ne lieti calici*, o aquello de *Alfredo, Alfredo, di questo core*, o lo de *Parigi o cara* les enternecía. Aquí se acordaban los filarmónicos de la Patti. ¡Oh! ¡La Patti! Aquella era una tiple. El tenor de *Lohengrin*, con unos tacones de a cuarta, unos colorcitos en las mejillas y el aire de zapatero, menos romántico posible, después de llegar en su nave conducido por el cine de cartón, el *cigno fedele*, en el momento de requerir a la sublime «Elsa» de amores, dejaba caer el casco al suelo, que sonaba en el escenario ostentosamente a hoja de lata.

Una noche, en una de estas representaciones, alguien dijo: «¡Ahí está el heraldo!» Otro añadió: «¡El Heraldo, que viene bueno!» y un tercero puso la coletilla, gritando: «¡Si ha salido el Heraldo, vámonos a cenar!»

Las copas veneno de *Lucrecia Borgia* eran del más pu... cartón de Bohemia; las plumas del sombrero de «Nevers», en *Los Hugonotes*, parecían arrancadas del sombrero de alguna vieja rancia, y las espadas y puñales daban siempre un poco de risa.

«Don José», con su navaja haciendo derrotes



1895.—Patinando en los Jardines del Buen Retiro.

a «Carmen», a la puerta de la plaza de toros de Sevilla, daba algunas veces gana a la gente del público dominguero de gritar como en un tendido: «¡Ahí la tienes! ¡Tuya es! ¡Anda con ella!» Los actores de *La Bohemia*, de Puccini, parecían viajeros de géneros de punto de Tarrasa, y la *Vecchia zimarra*, salida de un bazar barato de ropas hechas.

La temporada de opereta italiana resultaba, desde el punto de vista de la representación, bastante mejor, y las obras y las decoraciones, puestas con más elegancia.

Orfeo, en los infiernos, *La Mascotta*, *Bocaccio*, *Doña Juanita*, *Mam' zelle Nitouche* y otras más modernas entonces, como la *Geisha*, el *Bombero de servicio* o el *Carnet du Diable*, se cantaban con mucha gracia por las tiples y los caricatos italianos; aquéllas, muy expresivas, y éstos, con caras agudas de polichinela.

En *La Mascotta*, una tiple, la Caligaris, decía con gran picardía los couplets del «Bravo capitán preso por los bandidos», y en el *Carnet du Diable* hacía reír al público el *commendatore* del *Caimane Rosso*.

Para mucha gente de la burguesía madrileña pobre, los Jardines del Buen Retiro ofrecían el atractivo de poder conocer allí a personas de la aristocracia, a quienes en el invierno no podían ver ni tratar por su existencia más rumbosa.

Durante el verano se corrían las escalas de la sociedad, de la buena y de la mediana, y la burguesía grande y pequeña se acercaba a la aristocracia antigua y moderna, a la de los títulos pomposos y a la plutocracia de valores más substantivos.

Representantes de una y de otra fraternizaban en la pista de los Jardines a los acordes de *La Gran Vía*, de *La Verbena de la Paloma* o de la *sinfonía de Poeta y Aldeano*.

Entonces la aristocracia se creía triunfante y se dejaba ver. La burguesía modesta y con algunas pretensiones, los empleados y los estudiantes conocían, por lo menos de vista, a las damas de la alta sociedad tanto como a las tiples, a los cómicos, a los toreros y a los políticos de fama.

Cuando las señoras volvían en su coche las tardes de otoño o de invierno por la Carrera de San Jerónimo, después del paseo por la Castellana o el Retiro, se decían los jóvenes unos a otros:

—Allá está la Fulana... Por allí viene la Zutana...

En los Jardines del Buen Retiro, las ocasiones de ver a estas damas linajudas eran más frecuentes, y las distancias se acortaban.

No era sólo la alta sociedad elegante la que se podía conocer en aquel jardín, sino también la de

las conocidas por la *Blanca*, la *Puri*, la *Tropical*, la *Nadadora*, mujer grande, rubia y pintada, y otras, se codeaban con el público. Había también damas extravagantes que tenían cierta fama, de quien se contaban cosas curiosas. Una de ellas era *Lola la Valkiria*, que se decía que se había desafiado con una rival en amores a espada francesa en la Casa de Campo, y había aparecido por la noche en un palco del Teatro Real con el brazo vendado. Otra era una mujer a la que llamaban *La Venus de la Necrópolis*, sea porque tuviera citas en los cementerios o porque se la considerase a ella como sepulcral.

Entre los hombres se distinguían muchos. De los más asiduos a los Jardines eran: uno, al que decían *Radamés*, por su mirada viva y su expresión siniestra; otro joven, de quien se aseguraba era la segunda belleza de Madrid; un pintor de palomas que llevaba melenas; un húsar muy cursi que, según se contaba, había hecho heroicidades en Melilla, y un aristócrata, cuya mayor preocupación era ser la contrafigura del príncipe de Gales, que luego reinó con el nombre de Eduardo VII.

Todavía había algún viejo currutaco, a quien en su juventud habían llamado el *Pollo Real*, como a uno de los amantes de Isabel II, y un militar alto y de mucha prestancia, apodado la *Bestia Hermosa*.

Las tertulias de los Jardines se hacían y se deshacían con facilidad. En unos días, en unas semanas, o en unos meses, se formaban, crecían, y al poco tiempo venía una desbandada general.

Algunas de aquellas tertulias gozaban de cierto renombre entre los abonados, porque en ellas se distinguía la dama de la aristocracia, celebrada por sus joyas, por sus dichos mordaces o por sus aventuras, o algún político con fama de elocuente, de maquiavélico o de florentino.

Todavía se sentía entusiasmo por la conversación ingeniosa, y el lucirse haciendo una frase era un valor que se cotizaba. El tal entusiasmo ha ido desapareciendo y extinguiéndose, como si todos tuviéramos el tiempo tasado y creyéramos, a estilo inglés, que éste es dinero.

ACCIDENTE DEL TRABAJO

Un pobre albañil sufre un percance y cae desde el andamio del segundo piso a la calle.

Entre los transeúntes que acuden en su socorro está un policía que llega presuroso y al ver al herido, grita: —Pronto!, alguien que traiga en seguida un vaso de agua!

El herido, al oírlo, exclama: —¿Y diga usted, señor policía, ahora me van a dar un trago de agua...? Ya me dirá usted desde qué piso hay que caerse para que le den a uno vino... —(La Unión Mercanti, Málaga).



BUELO, ¿es hermoso el mar?

—Muy hermoso, pequeño.

El hombre y el niño iban por el sendero, asidos de la mano. El sol bañaba el bosque con esa luminosidad verde, a la vez dulce y viva, propia tan sólo de las primaveras de ciertos países. Durante el mes de mayo, Bornholm, lejana isla del Báltico, encarnaba el encanto familiar y un poco pueril de la sinfonía agreste de los prados y de los bosques, donde cantan alegres los arroyos y surgen aquí y allá, en la espesura, rojos techos de cabañas, coquetas y limpias, enarbolando todas el pabellón del Danemark. Escarlata con una cruz blanca, sobre el fondo de la línea profunda y azul del mar. Isla con algo de irreal, al margen mismo del mundo, donde nadie se extrañaría de encontrar, detrás de cada tronco caído, un gnomo, tocado con un bonete y calzando rojas botas de largas y retorcidas puntas. Los caminantes se habían detenido un momento, mirando por un claro entre los árboles al Báltico que parecía sonreír, bañado por el sol, y el hombre repitió con un dejo de melancolía:

—Sí; muy hermoso, pequeño.

Después continuaron decididos su camino. El hombre marchaba de prisa, aunque lo hacía cojear su pierna de palo, y el niño corría a pequeños saltos a su lado, dibujando contra el verde del bosque su pequeña silueta toda de rojo. Pronto llegaron a un claro donde grandes piedras, que parecían puestas allí con quien sabe qué raro propósito, se alineaban como si fueran fantasmas mudos y fantásticos guardianes del bosque. Desde allí podían ver toda la costa de la isla, hasta el confín del horizonte, del lado de Allinge, y cerca de ellos las transparentes aguas dejaban ver las rocas del fondo del mar, sobre las que jugaban miles de reflejos de esmeralda y ópalo, que se cruzaban y entrecruzaban formando infinitos y cambiantes arabescos.

Cuando se sentaron sobre la suave pendiente, la aguda mirada del marino exploró en círculo el lejano horizonte y se detuvo sobre una insignificante manchita, casi invisible.

—Humo... —dijo.

El rapaz, con las manos sobre los ojos a guisa de visera, intentaba en vano localizarlo.

—¿Qué es, abuelo?

—Un vapor que sube hacia el norte, pequeño.

Y el hombre y el niño siguieron en silencio durante largo rato la tenue nube, hasta que desapareció tras el horizonte. Entonces le pareció al viejo que una gran tristeza se expandía en el ambiente, y, tomando al niño de la mano, se puso a caminar con paso lento, en dirección a Gudhjem.

A pesar de que apenas llegaba a los cincuenta años, hacía ya tiempo que Sigurd Olsen no navegaba. Un día, seis o siete años atrás, había perdido una pierna, aplastada por una gavia que le cayó encima mientras luchaban con una gran tormenta en pleno Atlántico norte, y, desde entonces, se había retirado a Gudhjem, viviendo de su pensión en la pequeña casa de tejas rojas, donde había nacido.

Y como si su sino quisiera hacerle apurar de golpe toda la amargura que le tenía reservada, casi al mismo tiempo, Thor, su único hijo, desapareció de a bordo de la Freia, mientras navegaba en pleno océano, sin que jamás se supiera nada de él.

Había esperado largo tiempo su vuelta y había conservado la esperanza por mucho más tiempo aún, hasta que no le quedó otro remedio que rendirse a la evidencia: el hijo que Ivar, la esposa de Thor, habría de dar a luz, no conocería jamás a su padre. Tres meses después nació el pequeño Aage.

Abatida por la pena que le causara la pérdida de su esposo, Ivar ya no se levantó. Vivió aún más de un año, recortándose su silueta sobre el lecho, como si fuera una sombra, y cuando vio fuerte y lleno de vida a su pequeño, se fué lentamente, dulcemente, a reunirse con Thor, como si ya hubiera cumplido su misión sobre la tierra. Pero no



sin antes confiar su hijo a Sigurd Olsen, pidiéndole que jamás hiciera de él un marino.

o o o

Aage acababa de cumplir los seis años. Era un rapazuelo vivaracho, inteligente y estudioso, pero con algo de montaraz. En su alma, prefiriendo siempre la compañía de su abuelo, a la de los otros muchachos de su edad. La maestra, encantada con la facilidad que Aage tenía para aprender cualquier cosa, quería enviarlo a una escuela de Kobenhavn, para que fuera él también maestro algún día y quizá, más tarde, un profesor. ¿Por qué no? ¡Tenía tanta disposición para todo!... Los versos que aprendía de memoria con asombrosa facilidad, no los recitaba simplemente, como hacían los otros niños, sino que los decía como si estuviera contando una historia, y cuando leía la aventura de Ib y de la pequeña Cristina o las tribulaciones del viejo que cambia su caballo por una bolsa de papas, parecía que estaba narrando cosas que había visto, tanta era la naturalidad con que leía.

La promesa que Olsen había hecho a Ivar, y que cada vez le costaba más trabajo cumplir, se realzaría, a pesar de todo: Aage no sería marino.

Un día, Sigurd y Aage tomaron el tren que serpea por la riente campiña y fueron hasta Ronne, el puerto del oeste de Bornholm, donde el viejo tenía que firmar unos papeles de la pensión. Una

vez allí deambularon de un lado a otro curioseándolo todo. La iglesia, que domina el puerto con su campanario blanco y negro, atrajo en seguida su atención; pero, una vez en su interior, lo único que entusiasmó al pequeño fué la miniatura de un velero de tres palos, suspendido del techo por doradas cadenas. Era uno de esos votos que ofrecen los marinos a AQUEL que los saca del peligro. La reproducción exacta de algún navío hecha con paciente amor durante largos años. Después se llegaron hasta el puerto, y se sentaron en medio de los cajones y de los fardos.

—Abuelo, ¿qué es aquel barco con pabellón negro, blanco y rojo?

—Es una goleta alemana que viene de Kolberg.

—¿Y aquel otro, con pabellón azul, blanco y rojo?

—Es un Ketch de Amsterdam, un gran puerto de un país que se llama Holanda.

—¿Y aquel de allá, con pabellón blanco y una cruz azul?

—Ese es un «schooner» finlandés, que viene de una ciudad que se llama Helsinki.

—¿Tú has andado por todos esos países, abuelo?

—Sí; pequeño, y también por muchos otros, lejos, muy lejos...

—Y tu papá, ¿qué hacía?

—Era marino, como yo.

—¿Entonces yo también seré marinero, abuelo? Sigurd Olsen volvió la cabeza, sin contestar, y el

una vez que el marino había tomado el hilo de una de sus narraciones, no era cosa fácil hacerlo desistir.

o o o

Cuando Aage cumplió doce años, dos acontecimientos influyeron definitivamente en el curso de su vida. El primero tuvo lugar durante el mes de junio, cuando las praderas, cubiertas de flores amarillas, parecían haber recibido una lluvia de oro. Sigurd Olsen había salido temprano ese día, diciendo a su nieto:

—Quédate en casa, pequeño. Yo tengo que hacer una diligencia.

El azar quiso que, por la tarde, Aage se dirigiera hacia Melsted, un pequeño puerto situado cerca de Gudhjem. Cuando divisó la rada donde los pescadores anclaban sus embarcaciones, vió una lancha que acababa de llegar. Dos hombres habían saltado a tierra y marchaban ya por el sendero y, con gran sorpresa, Aage comprendió, por la forma de cojear, que uno de aquellos hombres era su abuelo. Por la noche, durante la cena, Aage sentía una angustia que le formaba un nudo en la garganta, y no pudiendo resistir más preguntó a su abuelo:

—Abuelo, ¿me llevarás contigo cuando salgas otra vez en la lancha?

El viejo, sorprendido, se enderezó en su asiento y sólo atinó a responder:

—¡Ah!... ¿tú sabes?

Después se levantó de la mesa y fué a encerrarse en su cuarto y, cuando desapareció, Aage se puso a llorar sin saber él mismo por qué.

El segundo acontecimiento tuvo lugar dos meses después: fué su primer encuentro con Amalia Jens. Amalia era una niña de la misma edad que Aage, tan rubia como él mismo y cuyos padres poseían una granja cerca de Almindingen, en el centro de la isla. Había llegado a Gudhjem a pasar los meses de verano con una tía suya y desde que se conocieron los dos niños se hicieron grandes amigos.

Sigurd Olsen había visto en esta amistad un medio seguro de retener a Aage más apegado a la tierra y poder así cumplir con la promesa hecha a Ivar. Durante cinco años, Amalia llegaba todos los veranos a casa de su tía, mientras que algunas veces Aage era invitado a pasar varios días en la granja, en Almindingen, en medio de esas enormes rocas que parecían caparazones de enormes tortugas medio enterradas en la arena y entre cuyos riscos anidaban las aves marinas, únicos seres vivientes de aquellas soledades.

Aage no hablaba nunca de querer embarcarse, y la tranquilidad duró hasta que el muchacho cumplió sus dieciséis años. Un día que se paseaba por los riscos de la costa, acompañado de Amalia, estalló de pronto una gran tempestad. El mar arrojaba contra las rocas enormes montañas de agua, que estallaban en blancos copos que el viento arrebatava, mientras la lluvia batía el granito y las violentas ráfagas del huracán lo azotaban todo por doquier. En el horizonte, el mar semejaba un volcán en erupción.

Tres «schooners» que huían delante de la tormenta acabaron por llegar a puerto, felices de encontrarse al abrigo de los murallones con tal tiempo. Aage y Amalia, solos en medio de las rocas, parecían fascinados por la tempestad y no se movían de su puesto a pesar de que lluvia les calaba las ropas, saboreando con extraño deleite el placer de contemplar las furias desatadas de esa fuerza ciega y brutal.

Allá abajo, un «ketch» corría al largo luchando contra la tempestad, elevándose a veces sobre la cresta de las olas y desapareciendo otras en el abismo que parecía pronto a engullirlo. Aunque no tuviera más que el pequeño foque y la mesana, a la que habían tomado tres rizos, filaba como un vapor. Ambos la seguían ávidamente con los ojos, y Aage llegó a exclamar a media voz:

—¡Cómo desearía estar a su bordo!

Amalia se dió vuelta sorprendida y lo contempló un segundo. Después se echó a reír a carcajadas, ante el asombro del muchacho.

—¡A bordo! —dijo—, ¡a bordo! ¿Tú, que no has puesto nunca los pies en un bote?

Aage se apartó de su lado, mortificado por la



Destino
UN RELATO
DEL MAR
Emile Biette

no pudo comprender por qué su abuelo
los ojos...
o o o
se llama esto?
...
son las cargas de una vela cuadrada?
punto, carga bolina y carga fondo.
rapaz; te lo has ganado.
Olsen bebía pequeños vasos de ron

que apuraba uno tras otro, de un golpe, no sin dejar antes que el muchacho mojara sus labios en el ardiente líquido. Después ambos tomaban finas tajadas de pan, las untaban con manteca, les ponían encima rodajas de huevos duros y una anchoa, y comían con una satisfacción que se reflejaba en sus ojos. Un libro viejo y medio desvenecado estaba sobre la mesa, entre los dos: «Apaperejos y maniobras de los navíos a vela», y con el dedo sobre un cuadro que representaba un gran navío de tres palos, el abuelo explicaba:

—Una noche estaba yo aquí, sobre la cofa de trinquete. La noche era negra como el infierno, las grandes olas asaltaban al navío por todas partes a la vez y había un viento de todos los demonios...

El muchacho, con los ojos redondos de asombro, clavados en el marino, escuchaba sin perder una palabra. Y cada tarde sucedía lo mismo. Sigurd Olsen había iniciado al rapaz en el secreto de las maniobras, y le había enseñado a leer una carta marina; le mostraba las corrientes que arrastraban los navíos contra los arrecifes, estrellándolos; las brumas, más espesas todavía que en Bornholm, donde no se ve la mano en el extremo del brazo extendido. Y todos esos relatos iban dejando en el niño recuerdos difíciles de borrar.

A veces, cuando estaba solo, Olsen se preguntaba si no haría mal en contar todas esas historias al pequeño; pero, ¿de qué podría hablar, si no? Y



risa de esa pequeña Valquiria rubia, que reía en medio de la tempestad.

—¿Tú, mi pobre Aage? Pero si tú tienes miedo del mar... Todo el mundo dice lo mismo en Gudhjem.

Experimentaba una especie de gozo salvaje en echarle en cara lo que nunca había osado decirle.

—¡Tienes miedo! ¡Tienes miedo del mar!

Entonces, avergonzado y rabioso, Aage huyó, saltando de roca en roca, para no oír más la risa de la muchacha que lo atormentaba y le hacía hervir la sangre en las venas.

Cuando Sigurd Olsen se dió cuenta de que Aage no había vuelto a la casa, y se hubo enterado de la forma como se separó de Amalia, tuvo un ataque de cólera; pero los días pasaron y la cólera se calmó, lo mismo que se calma una tempestad. Solamente Aage no aparecía. Entonces el viejo, sintiéndose muy solo, tomó la costumbre de bajar cada día hasta el puerto, donde se sentaba a la puerta de una cantina en compañía de otros viejos marinos, y juntos hablaban de sus antiguos viajes, de sus correrías por todos los mares del mundo, mientras dejaba vagar su mirada melancólica por el horizonte, como si esperara a cada momento ver aparecer el barco que le devolvería a su nieto. Pero de éste ni una palabra, como si lo hubiera olvidado, y los otros tampoco hablaban nunca del ausente, respetando su silencio, porque sabían que su corazón sangraba.

Así transcurrió un mes. Un mes durante el cual Sigurd envejeció diez años, hasta que una mañana el cartero vino a llamar a la puerta y puso en las manos del conmovido viejo una carta. Apenas podía abrirle de la emoción, pues, ¿quién podría escribirle si no era Aage? Venía de muy lejos, de un puerto de Noruega llamado Tromso, más allá de las islas Lafoden.

«Todo va bien—decía el muchacho—; estoy de grumete a bordo de la «Halligdal», un ballenero

de Stavenger, y estamos haciendo la travesía a las islas Lafoden. Hemos recalado en Tromso para abastecernos de agua dulce. Me escapé en uno de los «schooners» que entraron en Gudhjem durante el temporal; ya te lo contaré todo cuando vaya a visitarte al fin de la temporada, dentro de cinco meses».

Había firmado «Aage Olsen, «Halligdal», y más abajo escribió: «Dile a Amalia que ahora es el mar el que me teme».

o o o

—¡Es mi pequeño!...

Sigurd Olsen bajaba con Aage por la calle central, que va desde la estación de Gudhjem hasta el puerto, y las gentes que los miraban pasar desde las puertas de sus casas, sonreían al ver la alegría del viejo marino, que repetía una y otra vez:

—¡Es mi pequeño! ¡Es él, mi pequeño!...

El tren que llegara de Ronnie lo había dejado esa mañana en el andén de la estación, tan alegre como un colegial en vacaciones. ¡Cómo estaba de cambiado! Esos seis meses en el mar habían hecho de él un muchacho vigoroso; sus ojos eran más brillantes y sus mejillas, bronceadas por el sol y los vientos, hacían resaltar aún más el rubio de oro de sus cabellos. Además, ya había adquirido esa marcha típica de los marinos, que parecen balancearse, acostumbrados a caminar sobre el puente del barco.

Cuando Sigurd lo vió saltar del vagón, todos los reproches que había preparado, todas las grandes frases que iba a decirle sobre su fuga, sobre el poco respeto a su abuelo, se desvanecieron como por encanto, y el viejo no pudo hacer otra cosa que tenderle los brazos, con lágrimas en los ojos.

Cuando llegaron a la casa, Aage empujó alegremente la puerta y, arrojando la gorra en un rincón, dijo:

—Y ahora, abuelo, me vas a decir cuáles son

las cargas de una vela cuadrada, si quieres probar el ron.

Y los dos se echaron a reír estrepitosamente, mientras Sigurd alcanzaba la botella.

Desde entonces Aage regresaba cada año, entre dos cruceros, a pasar algunos meses en Bornholm.

El tiempo pasaba; Aage tenía ya 19 años, era un muchacho fuerte, de mirada viva y audaz, a quien las muchachas sonreían al verlo pasar; pero él no les hacía caso.

Cada vez que volvía se encontraba con Amalia, y la veía cambiar poco a poco. Ya no era más la niña de antes, la pequeña compañera de sus largos paseos.

El muchacho visitaba ahora más a menudo la granja de los Jens, hasta que un día se dió cuenta de que la niña se había convertido en mujer y entonces una especie de extraña inquietud agitó su corazón. Cierta noche, encontrándose solo en su cuarto, abrió la Biblia y se puso a leer, y cuando llegó al versículo que dice:

Los pasos del hombre son dirigidos por el Eterno; ¿cómo podrá el hombre comprender su voz? levantó la vista y se puso a soñar.

o o o

—Aage, ¿tú no me quieres, no es cierto, desde que me burlé de ti el día de la tormenta?

Jamás Amalia y Aage habían hablado de eso. Por una especie de consentimiento tácito, habían evitado siempre la menor alusión a esa herida del amor propio, que había mortificado durante mucho tiempo al muchacho.

—¿Quererte?... si ha sido tu cariño el que ha orientado mi vida...

Si abordaban ahora el tema era porque la hora y el lugar se prestaban a las confidencias. Era un día de mayo, algo cálido para la estación. Los dos jóvenes habían partido de Gudhjem por la mañana temprano y el tren los dejó, al cabo de un par de horas, en Sandvig, en la parte norte de la isla. De allí habían caminado, uno al lado del otro, dejando atrás las rocas de Hammershus, que dominan el faro, para internarse en el bosque por un oculto sendero. Y siempre marchando habían alcanzado la cima del monte, teniendo a sus pies los Leones, esas fantásticas rocas de Hammeren mientras que sobre ellos, en los Hammershus, se alzaban las ruinas de los viejos castillos.

Se habían sentado sobre la hierba, mirando al mar a lo lejos, que brillaba como un espejo de plata, bajo los rayos del sol. Más lejos, del lado de Ronne, subía lentamente desde el horizonte una gran nube negra y se oía rodar el sordo retumbar del trueno. Se miraron largamente en los ojos y sin saber cómo, se encontraron, de golpe, uno en brazos del otro.

o o o

Dos meses después del casamiento, Aage volvió a partir para un crucero de pesca a las islas de Oesel, a bordo de la Tjalfe, y esperaba que a la vuelta ya tendría su carta de piloto.

Los meses pasaban uno tras otro, y Amalia pensaba que el niño nacería justo para la vuelta de Aage. Pero cuando el pequeño Niels llegó al mundo, el padre estaba aún en alta mar. Siguiéron los días, y la madre, sentada entre la cuna donde reposaba el niño y el sillón en que dormitaba el viejo, velaba atenta.

Un día llegó la noticia brutalmente: unos pescadores habían hallado los restos de una barca con el nombre de «Tjalfe».

La madre tomó al niño en sus brazos y con la misma voz dura con que había dicho una vez «tienes miedo del mar», gritó ahora:

—¡No irás jamás al mar... no... ¡Yo sabré guardarte!

Se oyó entonces una voz cavernosa y lejana que murmuró lentamente:

—Todos los Olsen han sido marinos... de padres a hijos...

Amalia se dió vuelta bruscamente. El viejo dormitaba todavía en su sillón y ella no supo nunca si había sido él el que había pronunciado esas palabras, o si lo que oyó fué la voz ancestral de todos los Olsen, cuyas almas rodaban por los mares...

Por sus ojos vagó una llama de locura y, apretando al hijo contra su pecho, estalló en sollozos.

UN hombre que se firma «Preocupado» me escribe la siguiente carta: «¿Qué puede hacerse con una esposa que padece de estados de ansiedad y de añoranza? Mi mujer tiene 34 años; llevamos once de casados y nuestros hijos cuentan las edades de 8, 2 y 3. Este último es varón. Hará un par de años, al nacer la más pequeña, pasábamos por la pena de la muerte de mi madre política y la enfermedad del varón que sufría de maistoditis. Mi mujer Lucía y yo nos amañábamos atendiendo y coincidió esta dificultad con la pérdida de mi colocación. Nuestras deudas se acumularon hasta los mil dólares, y debido a la salud delicada de la pequeña Diana, mi esposa acabó por cansarse y sentirse sumamente deprimida.

«Pero como es una admirable administradora, logró ayudarme a salir de todos estos problemas. Suprimió a la criada y comenzó a ahorrar en los gastos; yo volví a colocarme; pagamos hasta el último centavo de las deudas; compramos nueva estufa de cocinar y un nuevo radio, y reparamos el automóvil. Ahora estoy en el negocio de bienes raíces con un hermano mío y en épocas buenas gano más de 300 dólares mensuales.

NADA SATISFACE A MI ESPOSA

«A juzgar por todas las razones, deberíamos ser felices. Los hijos gozan de salud; la mayor es muy inteligente y posee atractivos singulares; la niña mimada es un precioso capullo. Lucía, mi mujer, come y duerme bien, pero no sale de sus estados de ansiedad. Todo lo encuentra mal; las demás personas tienen lo que ella anhela, y en general, el ambiente del hogar empieza a contaminarse de esta influencia, hasta el extremo de que los hijos han observado la peculiar situación de la madre.

«Cuando traigo a casa trabajo de la oficina, se me queja de que no hacemos actividades sociales. Si sugiero que vayamos al cine, contesta que el marido de Ester trabaja casi todas las noches y que ella ha comprado un abrigo de pieles. Si nos vamos de excursión al campo, le molestan los mosquitos, la humedad y el temor constante de que los niños se indigesten o coman demasiado. Cuando nuestros hijos tienen hambre, les advierte que el mucho comer les causaría pesadillas. Si no comen, la preocupa enormemente que tomen tónicos y pastillas de vitaminas.

«Cuando llego por la noche, le hablo pero no me contesta. Voy hasta la cocina, le digo unas palabras y ella bosteza o dice: «Quisiera sentirme tan satisfecha como tú, pero no me explico cómo la gente puede reírse como andan las cosas en el mundo». Durante la cena permanece silenciosa y algunas veces se le saltan las lágrimas. Si uno de los hijos dice una broma tiene que reírse, porque no la ha oído. Habla de lo que la gente pobre no puede hacer y la atormenta la posibilidad de que yo pierda la colocación. ¿Qué me aconseja usted?».

EL REMEDIO DEPENDE DEL PACIENTE

A este marido perplejo le diré que he conocido muchos casos semejantes al de su esposa. La conducta de las personas que la rodean no basta para curarla del estado psicopático que padece; es ella la que tiene que procurarse el remedio. Son muchas las mujeres que sufren de este mal, aunque no siempre hasta los extremos del caso que nos ocupa. Se trata meramente de una actitud de silencio, de agotamiento de la sensibilidad, de martirio en las horas cotidianas. No hacen nada para alegrarse o ayudar a solucionar sus problemas. Dedican la mañana a confeccionar un bizcocho o a tejer una manta para el chico, y consideran estas labores como cosas sombrías en vez de distracciones.

A una mujer que tiene su hogar, su buen marido, tres hijos y un renta que puede considerarse fortuna en las nueve décimas partes del mundo, y todavía se queja de la pobreza de la familia y envidia los abrigos de piel de las vecinas, habría que comenzar por clasificarla como estúpida. Vive en un mundo estrecho y poblado de ansiedades. Ha construido una cárcel para su alma, y solamente ella puede abrir esa cárcel y recuperar la libertad personal.

Tal vez pueda existir una base física para el



Si traigo trabajo de la oficina a la casa, mi mujer se queja de que no hacemos actividades sociales.

UN MARIDO IDEAL PIDE SOCORRO

Por KATHLEEN NORRIS

temperamento sombrío y melancólica de la persona en cuestión, pero no me parece que aquí haya tal cosa. Es simplemente un hábito que forman muchas mujeres de suspirar y sentirse desposeídas, de llorar bajo el influjo de ideas que las deprimen, de sumergirse en largos silencios, de no contribuir en nada a la dicha de la familia. Hacen las camas, cuelgan las cortinas, cocinan, pero están conturbadas por un resentimiento y un disgusto perennes, porque no saben que lo importante de la vida es el espíritu que anima las acciones.

LA MUJER, FUENTE DEL VALOR PARA LA LUCHA

A la mujer le corresponde una labor mucho más trascendental que los quehaceres de la casa, y es mantener el valor, la cordialidad y las esperanzas del grupo. Los demás miembros de la familia, el marido, los padres, los hijos, le traerán a ella sus problemas y desilusiones, y ella les dará el consuelo y el apoyo que necesitan para reaccionar. Si la mujer no está en condiciones de ofrecer esta ayuda, entonces no vale la pena que haga alguna otra cosa en el hogar.

Al marido le encanta recibir buenas noticias cuando llega a la casa, aunque sean inventadas por la fantasía femenina. Por mucho que haya sufrido contratiempos, el hombre se siente halagado por una frase alentadora. Si la esposa ríe de las dificultades y le asegura que en estando ellos y los hijos bien, nada puede alterar la felicidad doméstica y nada puede impedir el éxito final, el hombre recobrará la confianza que empezaba a perder. Ella debe estar conforme con ajustarse a los quebraderos de cabeza del momento, y si tienen que

vivir más reducidos lo hará de buen grado y sin lamentaciones.

Hace años conocí a un matrimonio joven que estaba alarmadísimo con la gravedad de su hijito. Habían tenido que mandarlo al hospital urgentemente y la madre, recién alumbrada hacía dos semanas, todavía sufría de debilidad. En el hospital los médicos le dijeron al esposo que tratara de conseguir que su mujer durmiera bien y descansara durante la noche, porque al día siguiente le darían una mala noticia.

Este marido volvió al lado de su compañera y le dijo que por la mañana habría informes, no malas noticias, lo cual supusieron todos que serían informes favorables. Esto tranquilizó a la familia, pero el pobre hombre no durmió. ¡Por fortuna, a la mañana siguiente, su generosidad y consideración fueron retribuidas con la noticia de que el chico se salvaría!

No Más Asma En 2 Años

Hace 2 años el Sr. J. Richards de Hamilton, Canadá estaba en cama sufriendo ataques de Asma. Había perdido 40 libras de peso, había estado sufriendo todas las noches de tos, ahogos y espasmos que no le dejaban dormir. Ya tenía morirse pronto. Pero Mendaco acabó con sus ataques desde la primera noche y no ha vuelto a sufrir de ellos. Desde hace más de dos años, Mendaco ha tenido tanto éxito que se ofrece con garantía de devolverle la libre respiración en 24 horas y acabar con su Asma completamente en 8 días o su dinero le será devuelto al retornar Usted el paquete vacío.

Mendaco Acaba con la Asma * Bronquitis * Fiebre de Heno

El MISTERIO de los PATOS PERDIDOS



Dorothy Lamour, la actriz de la pantalla, se retrata con uno de los «patos perdidos» que llegaron a Nueva York de manera misteriosa. Abajo la bandada de patos salvajes posada en el estanque helado del Central Park.

Nadie sabe de dónde vinieron, ni por qué cayeron en Nueva York los miles de patos salvajes, que al parecer habían perdido su sentido de orientación.

UN drama sin publicidad, sin comentarios de prensa, sin ninguna entidad que proteja las víctimas caídas en esta tragedia... El Central Park de Nueva York, es un oasis. Un jardín enclavado en medio de la inmensa sinfonía de cemento y hierro. Y allí en el parque, un diminuto lago pretende dar al ambiente un aspecto de paisaje japonés. Sobre el agua nadan unos cuantos patos y varias parejas de cisnes que muestran el tedio del animal domesticado. Y en este escenario, en medio de tales personajes, un día de la segunda semana de enero, llegó una nube de emigrantes que cayeron extenuados sobre el agua, dando la impresión de refugiados como los que vomita ahora la Europa vieja y decadente.

Miles de patos salvajes llegaron al Central Park. Era la primera vez que esa emigración extraña buscaba refugio dentro de lugares tan artificiales y tan metidos en el corazón de una metrópoli. Los animales en su trayectoria del norte al sur, que habían quedado en Nueva York, el lugar quizá menos propicio para recibir las aves salvajes que vuelan del septentrión al sur... Al mismo tiempo, los naturalistas de las universidades de los Estados del «middle-west» americano, anunciaban que miles de estas aves buscaban refugio en las regiones lacustres cercanas a las ciudades. En el cielo pues, había surgido un obstáculo incógnito que servía de barrera a estos pájaros emigrantes o quizás fuera otro motivo que originaba en ellos un fenómeno de desorientación.

Pero la mecánica intrínseca de la fisiología de la emigración animal, todavía es un misterio. Ya está muy gastada la tesis que coloca este fenómeno en hechos de carácter electromagnético, por los cuales los pájaros en sus vuelos «se imantan» y

forman en total un compás como el que guía al navegante. Frederick Lincoln en su «Emigration of American Birds» nos había expuesto esas especulaciones que tratan de hacernos comprender el por qué de la emigración de los patos y demás. Y al ver los miles de palmípedos que de manera torpe deambulan por el lago del Central Park, hubi de invocar otras explicaciones que pudieran dar luz en este ejemplo de la desorientación animal.

Entonces me acordé del doctor Norman Maier (Universidad de Michigan) y de sus ratas «neuróticas»... ¿No será que la manada de patos refugiados en Nueva York son un núcleo de neuróticos?...

Maier ganó el año pasado el premio de mil dólares que anualmente otorga la «American Association for the Advancement of Science». La recompensa fué alcanzada por los trabajos de este investigador sobre la neurosis en los animales. Tales estudios nos demuestran que los que llamamos irracionales también sufren de esa dolencia tan moderna que los americanos han bautizado como «nervous-breakdown»... El fenómeno es derivado de las reacciones que sufren las bestias ante un obstáculo inesperado... Cuando estos seres se ven forzados a actuar frente a problemas que el instinto les dice no pueden resolver, entonces surge la neurosis...

PRODUCIENDO LA NEUROSIS EN LAS RATAS

Maier en sus experiencias no ha utilizado banqueros o millonarios (como lo hacen otros investigadores del campo de la psicología experimental) sino cuatro ratas albinas dignas de figurar entre los habitantes de una alcantarilla. Los animales en varios meses aprendieron en sus jaulas a seguir una trayectoria llena de obstáculos (cartulinas, palizadas, recobecos) para conseguir el ali-

mento. Poco a poco por el cambio de las cartulinas y palitos se introdujo el desorden en este ínfimo ambiente de los roedores. Ante tales obstáculos, los animalitos en principio se mostraron refractarios a «actuar», pero impulsados por el hambre y por la acción de los investigadores, los animales iniciaron movimientos extraños no registrados por la fisiología y uno de ellos cayó desmayado en estado de coma... La moraleja científica según Maier, dice que los animales, lo mismo que las personas, sufren de trastornos nerviosos cuando tienen que actuar ante obstáculos imprevistos o cuando se sabe que esta actuación no va a tener éxito...

Ahora bien, ¿cuáles son las dificultades encontradas por los inesperados emigrantes del Central Park? Nadie responde y sólo los más atrevidos invocan otros fenómenos biológicos con los que se pueda aclarar el enigma...

Dentro de este problema la emigración de los peces muestra nuevas facetas ante los trabajos de los doctores Hasler, Meyer y Field de la Universidad de Wisconsin. Parece ser que ciertas especies del mundo acuático que ascienden por los ríos para efectuar el acto de la reproducción, están impulsadas por la secreción de las «hormonas» de algunas glándulas del organismo. Podemos decir que el viaje nupcial del salmón al remontar las corrientes fluviales, es un fenómeno de origen endocrínológico. Esta aserción al parecer atrevida, se deriva de los citados trabajos de la Universidad de Wisconsin.

Hasler, Meyer y Field en su reciente comunicación a la «Limnological Society of America» dicen que han tomado glándulas pituitarias de la carpa y después de disecadas, las han disueltas en un contenido débil de acetona. Esta solución fué nuevamente privada de agua y de ella se derivó un polvo que de nuevo fué disuelto para formar un preparado líquido. Después de estas manipulaciones varias truchas y salmónes fueron inyectados observándose en los animales el ciclo nupcial con todas sus variantes de dinamismo y producción de huevos. Estos fenómenos fueron más marcados en los peces hembras, guardando el organismo de los machos una discreción notoria. Lo cual quiere decir que en el acto emigratorio de estos seres acuáticos, existe un fenómeno de orden endocrínológico cuyo centro mandatario está en la glándula pituitaria.

Los antedichos fenómenos aun no clasificados y que se intentan interpretar de forma superior son considerados por muchos como simples «tropismos» complicados. Es decir, reacciones propias de organismo elemental que se mueve y se adapta a un medio sin que podamos saber la causa. La anguila es un ejemplo interesante: Nacida en los mares del Sargaso a profundidades de cinco a seis mil pies, en estado casi de larva, viaja hacia las costas de Europa y América al objeto de alcanzar los ríos y allí pasar «su juventud». Ya madura, vuelve al mar y realiza el mismo viaje pero a la inversa, al objeto de cristalizar el acto de la maternidad. Con estas trayectorias el animalito cubre el mismo camino dos veces, una de joven hacia los Continentes y otra de adulto de las costas a las profundidades del Mar Atlántico. Según Schmidt de Copenhague, estos movimientos de la anguila son fenómenos de orden físico sin que en ellos intervenga para nada el instinto.

¿Será un fenómeno parecido la reacción de los patos salvajes al posarse en el estanque de la metrópoli? La moderna biología nos explica de manera genérica estos fenómenos diciendo que donde hay vida existe un «objetivo» que, para ciertos filósofos, es un estado de conciencia elemental. Esta «mentalidad primitiva» a medida que evoluciona va especializándose hacia un estado más perfecto hasta que tal «complicación» llega a formar lo que llamamos «instintos»... Esta mecánica cuando se hace aún más avanzada origina la «emoción» distribuida a través de una corriente que en los hombres se desparrama entre las células del Talamus e Hipotálamus... Por último, en la intrínseca mecánica de estas funciones, ha surgido en los tiempos modernos un nuevo tipo de «cerebro» llamado el «neo-pallium», destinado a cum-

Al primer tapón, zurrapa. Esto podríamos exclamar cuando el médico, al que consultamos sobre una ligera molestia que sentimos en el estómago, nos prohíbe beber vino. Lo cumplimos ¡cómo no! Pero conforme transcurren los días, advertimos que si nuestras digestiones son más normales, nos dejan una especie de melancolía que influencia en nuestro ánimo. Es una tristeza inexplicable, una irrespetuosa indiferencia por la vida. Los amigos acaban de empeorar nuestro estado. ¿Qué te pasa, nos dicen, estás enfermo?

Naturalmente, todo se conjura contra nuestra voluntad, que creíamos férrea. Y al fin, el egoísmo triunfa sobre la conciencia. Un día, reflexionamos sobre nuestra situación, sobre nuestro desaliento... Y volvemos a pedir que nos sirvan una botella de nuestra marca referida. ¡Qué delicia! Lo admiramos al trasluz, para gozar visualmente de su color, antes de beberlo con lentos paladeos. Es el viejo amigo que abandonamos ingratamente. Vuelve a nosotros sin rencor. Su generosidad expande nuestro espíritu una uforia especial, que ensancha sus dominios, nos sitúa frente a la vida con más aplomo y nos devuelve aquella serena alegría que necesita el hombre para confiar en el prójimo. ¿Qué ocurrirá más tarde? ¿Qué desavenencias podrán surgir entre el mosto preferido de nuestro paladar, y el estómago, que es la fábrica del optimismo cuando funciona bien?

Beber es un placer y un arte que el abstenido está condenado a ignorar. Es un placer y un arte, relativamente recientes, pues aunque la Escritura nos presenta a Noé embriagado, lo cual parece demostrar la antigüedad de las relaciones del hombre con el vino, ese placer no adquirió el rango que hoy tiene hasta que los romanos, doctos en el arte de vivir, no metodizaron su consumo. De los poetas latinos, el que con más frecuencia alude al deleite de beber es Horacio, gran señor de las Musas, que disfrutó de la amistad del emperador Augusto y de Mecenas, rumboso precursor del sibaritismo. Lucrecio aborrece el vino, y Cátulo y Juvenal apenas lo nombran. De los Césares, fuera de Antonino el Piadoso, de Marco Aurelio y de Julián el Apóstata, que eran abstenidos, los demás, excepción hecha de Adrián, que era comedido en todos los apetitos, bebían desafortunadamente.

De Tiberio nos cuenta Suetonio que prestaba una atención tal a los placeres de la mesa, que fué el inventor de ese cargo que ahora llamamos «maitre d'hotel».

Pero el arte de beber no alcanza su máximo refinamiento más que en Francia, que es el país en que el talento del hombre ha sabido sacar más partido de los frutos de la tierra. Lo que sabemos de vinos se lo debemos en gran parte a los franceses, raza admirable que ha dominado las cosas sometiéndolas al gusto del hombre con un acierto difícil de igualar. El beber bien es un capítulo del manual del buen vivir. Señalar a cada vino su momento de consumo implica una experiencia en la que han intervenido la higiene y la sensualidad, que no se improvisan.

Así indican los expertos que el champán debe servirse con el último plato de carne; que los vinos rojos de Borgoña, los más ricos de todos los mostos naturales, deben aparecer en la mesa cuando lleguen a ella las carnes rojas; los blancos borgoñeses como los del Rin, Mosela y Sauternes serán servidos con el pescado, ostras y carnes blancas; los ricos y pesados Chateau Iquem, soberbios vinos de postres, deben servirse al final, porque facilitan la digestión y depertan la alegría; el exquisito Oporto acompaña admirablemente los bizcochos y pasteles; el Jerez, ese mosto que parece haber aprisionado el oro del sol andaluz,

... Colocan mis lectores donde gusten, la causa que hace venir a los patos al estanque neoyorquino y donde les plazca las ratas del Maier al volverse neurasténicas...



En Alsacia se celebra cada año, en mayo, la «Fiesta de los Vinos Franceses» y la ciudad de Colmar se engalana para recibir al Jefe del Estado. La villa alsaciana, situada al pie de los Vosgos, cerca de los valles de Sulzmat, Munster y Kaysersberg, vive unos días alegres y hospitalarios. En la foto aparece la Avenida de la República de la ciudad vinícola empavesada para recibir a los miles de personas que concurren a las famosas fiestas.

NO HAY QUE BEBER SIN TINO...

Señalar a cada vino su momento de consumo significa una experiencia en la que han intervenido la higiene y la sensualidad. Tiberio fué el inventor del "maitre d'hotel". En los vinos, como en la sociedad, hay linajes inconfundibles.

por SALVADOR GUMBAU

luz, puede saborearse en el entremés, en la sopa y también en los postres. Hay que tener en cuenta que ese delicioso caldo tiene tres tipos, el amonillado, el oloroso y el corriente.

Dice Luis Pérez Solero, en una intencionada «anacrónica»:

Al borde de un camino,
una cepa mostraba su racimo,
y yo, al verlo,
voraz, lo acaricié, para morderlo.
Cortarlo, daba pena; mas... ¿qué haría?
Vencer la tentación por una vez;
¡era mucho mejor beberlo un día,
ya convertido en vino de Jerez!

Hay en los vinos, como en la sociedad, linajes inconfundibles, con idéntico sello aristocrático que el corriente en los grandes nombres históricos. Un vino de Seumur o de Anjou es siempre de clase modesta, lo que no se podrá decir de ciertos Burdeos o Borgoñas. Aquéllos, como el Valdepeñas español, se identifican con el estado llano, al paso que los otros pueden invocar derechos a un patriciado en los dominios de Baco. Son los fundadores de linajes, ante los cuales el «viveur», un poco sibarita, se inclina con respeto.

Los italianos no pueden ufanarse tanto de sus vinos. El Chianti está por debajo del Burdeos, y el Barbera y el Barolo no igualan al Borgoña ni en sabor ni en «bouquet». Los españoles tienen un

Rioja que nada ha de envidiar a las bodegas más renombradas y un Jerez incomparable que puede parangonarse con el Oporto y el Tokay húngaro. Beber es un placer cuando lo asociamos al arte de vivir, pero beber sin tino es ir derechamente a la enfermedad. No hay que olvidarlo.



El festival de la vendimia en Tokay (Hungria) dura varios días y da lugar a pintorescas fiestas con interesantes escenas típicas. He aquí una fotografía tomada mientras un grupo ataviado con el típico traje de la región se dirige a la casa de la villa donde se van a celebrar distintos actos.

Abril 3 de 1917

NACIONAL.—La comedia en tres actos de Agustín Moreto «El Desdén con el Desdén», en la que tomaron parte las señoras María Guerrero, Elena Salvador, María Fernanda Ladrón de Guevara, Encarnación Bofill—esta artista era hija de Don Pedro Bofill, ilustre crítico teatral del periódico «La Epoca», de Madrid—; señores Fernando Díaz de Mendoza, Ramón Guerrero, Ricardo Justo y Alfredo Cirera; encargándose del cómico papel de «Polilla», el aplaudido actor cómico José Santiago. Se completó el programa con el estreno del graciosísimo juguete cómico en un acto, de Enrique García Álvarez y Pedro Muñoz Seca, dos ases de la risa, titulado «La Casa de los Crimenes».

La compañía de la Guerrero tenía la costumbre muy plausible, de hacer frecuentes incursiones en el campo del teatro clásico español; y a ellas debimos las representaciones de las comedias «La Estrella de Sevilla», «Casa con dos Puertas», «La Niña Boba», etc., etc. Los correctos ademanes de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, éste de puro origen aristocrático, como es sabido, y la clara y castiza pronunciación de ambos, les ayudaban en gran modo en la interpretación de este teatro del siglo de oro, inspirado, en su mayor parte, en aquel ambiente de finezas y discretos, tan peculiares de la familia española de los siglos XVI, XVII, etc. Encantaba oírle a María Guerrero decir parlamentos como este de Agustín Moreto, en su comedia «Vencer Mostrando Desvío»:

DIANA.—¿Fuego en mi corazón? Yo no lo creo, siendo de mármol. ¿En mi pecho helado pudo encenderse? No, miente el cuitado; pero ¿cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseo vencer, por mi trofeo, un desdén; pero si es quien me ha abrasado fuego de amor ¿qué mucho que haya entrado donde abrieron las puertas al deseo?
Deste peligro no advertí el indicio, pues para echar el fuego en otra casa lo encendí, y en la mía hizo su oficio.
No admire, pues, mi pecho lo que pasa; que quien quiere encender un edificio, suele ser el primero que se abrasa.

Día 7, Sábado de Gloria

NACIONAL.—Beneficio de Fernando Díaz de Mendoza con la comedia de Benavente «La Propia Estimación».

10

NACIONAL.—Despedida de la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, con el drama de Echegaray «Mancha que Limpia».

12

PAYRET.—Función a beneficio de la obrera Concepción Vázquez, con un variado programa en el que figuraba la obra en un acto original de Sergio Acebal, música de Ankerman, «La Conquista de Songo», tomando parte en ella Blanca Vázquez, Luz Gil, Sergio Acebal y Pancho Bas.

20

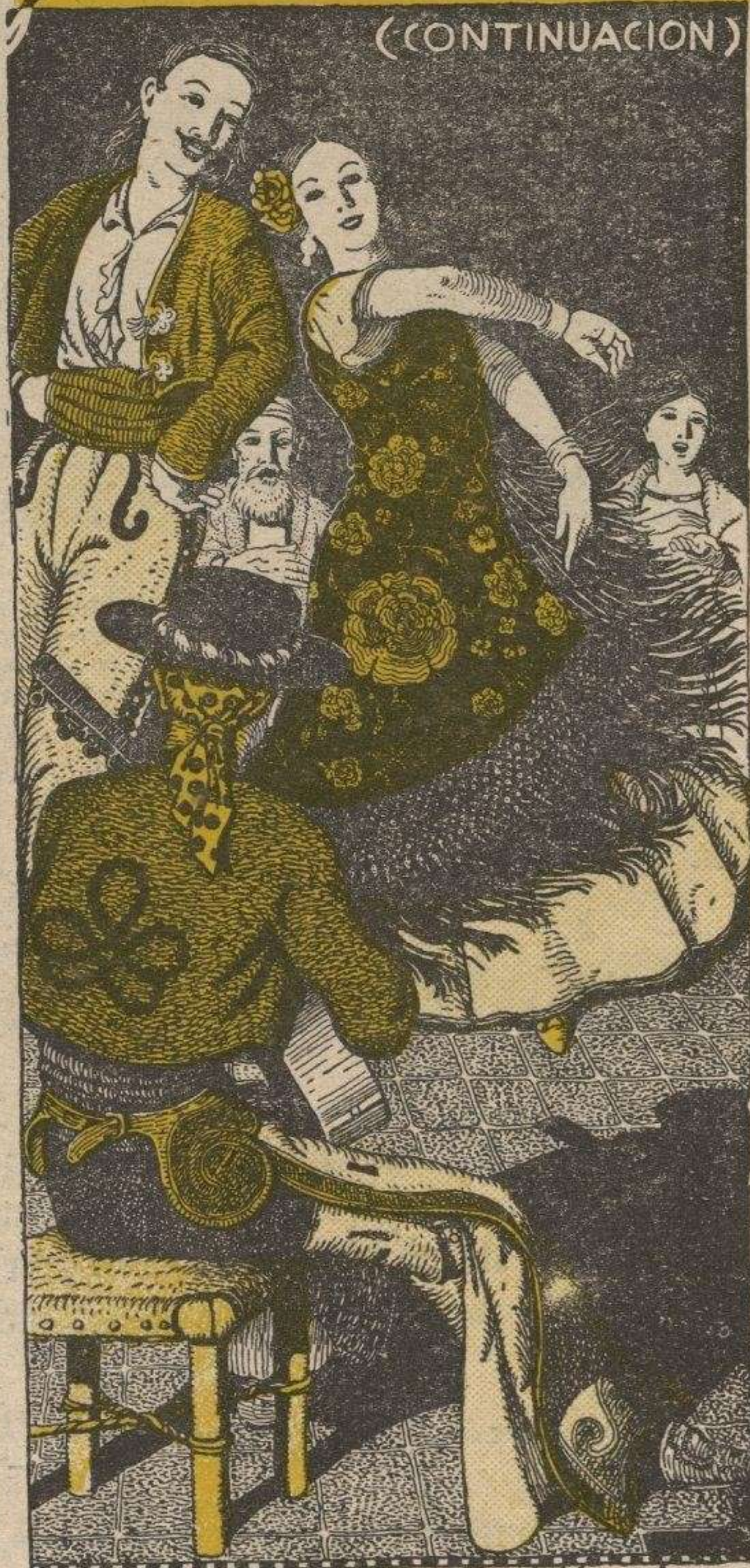
MARTI.—Debut del actor cómico madrileño Ramón Peña, con la comedia «Petit Café», en tres actos, de Tristan Bernar.

Sostenemos la creencia de que las más de las veces los públicos hacen a los actores, a su gusto

Viejas postales descoloridas

Estrenos y DEBUTS NOTABLES

(CONTINUACION)



por Federico Villoch

y semejanza. La popularidad de un artista puede decirse que está en razón directa de las cualidades psicológicas del público que lo aplaude. Así hemos tenido ocasión de ver que muchos actores a quienes en Madrid u otras capitales, se les tenía por el sumum de la espiritualidad y la gracia, apenas alcanzaron aquí en la Habana un mediano éxito. Podemos decir con Pero Grullo, que el actor que no llena nuestros gustos, no gusta. Ramón Peña considerado en Madrid un actor de primera línea aquí no logró agradarle del todo a nuestro público. Lo propio sucedió en «Albisu» con el actor cómico señor Bosch, que no le resultó cómico al público como actor, ganándose en muchos casos el calificativo de «fúnebre»; aunque se le disculpaba diciendo que era un magnífico director de escena; lo que se parece a lo de aquella tiple que no acababa de satisfacer al «respetable»; pero que era, en cambio, decía la gente, «una buena madre de familia».

26

NACIONAL.—Función a beneficio del actor Pablo Pildain con un variado programa en el que figuraban el estreno de la comedia en un acto de

Julián Sanz, titulada «Por Primo», romanzas y canciones por el tenor Carbonero, y otros artistas; los entremeses de Sergio Acebal «Un Negrito Alzado» y «La Carestía de los Viveres», y el juguete cómico de Agustín Rodríguez, «El Acorazado Cubano».

El viejo actor cubano Pildain, que en sus buenos tiempos ganó honra y fortuna a manos llenas, en sus últimos años se vió obligado a luchar denodadamente con la vida. Los descoloridos de aquella época recordarán con risueña benevolencia sus interpretaciones del «Cocheo Simón», «Los Dos Pilettes», «La Huérfana de Bruselas», «Don Juan de Serrallonga», «El Soldado de San Marcial», «El Cura de Aldea», de Pérez Escrich, «La Oración de la Tarde», de Luis Mariano de Larra, «La Hija del Pueblo», de Fornaris, «El Mendigo Rojo», de Luaces, y otras obras de aquel viejo teatro que, no obstante su ingenuidad, no se hallaban carentes de vivo interés, honda emoción y bellezas artísticas. De Don Pablo Pildain guardamos un agradecido recuerdo, de cuando figuraba en la compañía de Luisa Martínez Casado e interpretó en «Tación», con voluntad y acierto, uno de los papeles de nuestro drama «El Proceso Dreyfus», estrenado en 1897, en aquel coliseo... ¡Aquellos ensayos hasta las tres de la madrugada, para poner la obra en tres días!

27

COMEDIA.—Estreno de la comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca, «Doña María Coronel», una de las más bellas y mejor trazadas de su vastísimo repertorio.

30

PAYRET.—Despedida de la compañía de Rafael Arcos con la comedia «El Amigo Teddy». La esmerada interpretación que años más tarde le dió a esta obra el afamado actor Vilches, no hizo olvidar la muy cuidadosa y discreta del actor Arcos.

Mayo 3

CAMPOAMOR.—Estreno del drama en tres actos original de Doña Eva Canel, «La Mulata».

7

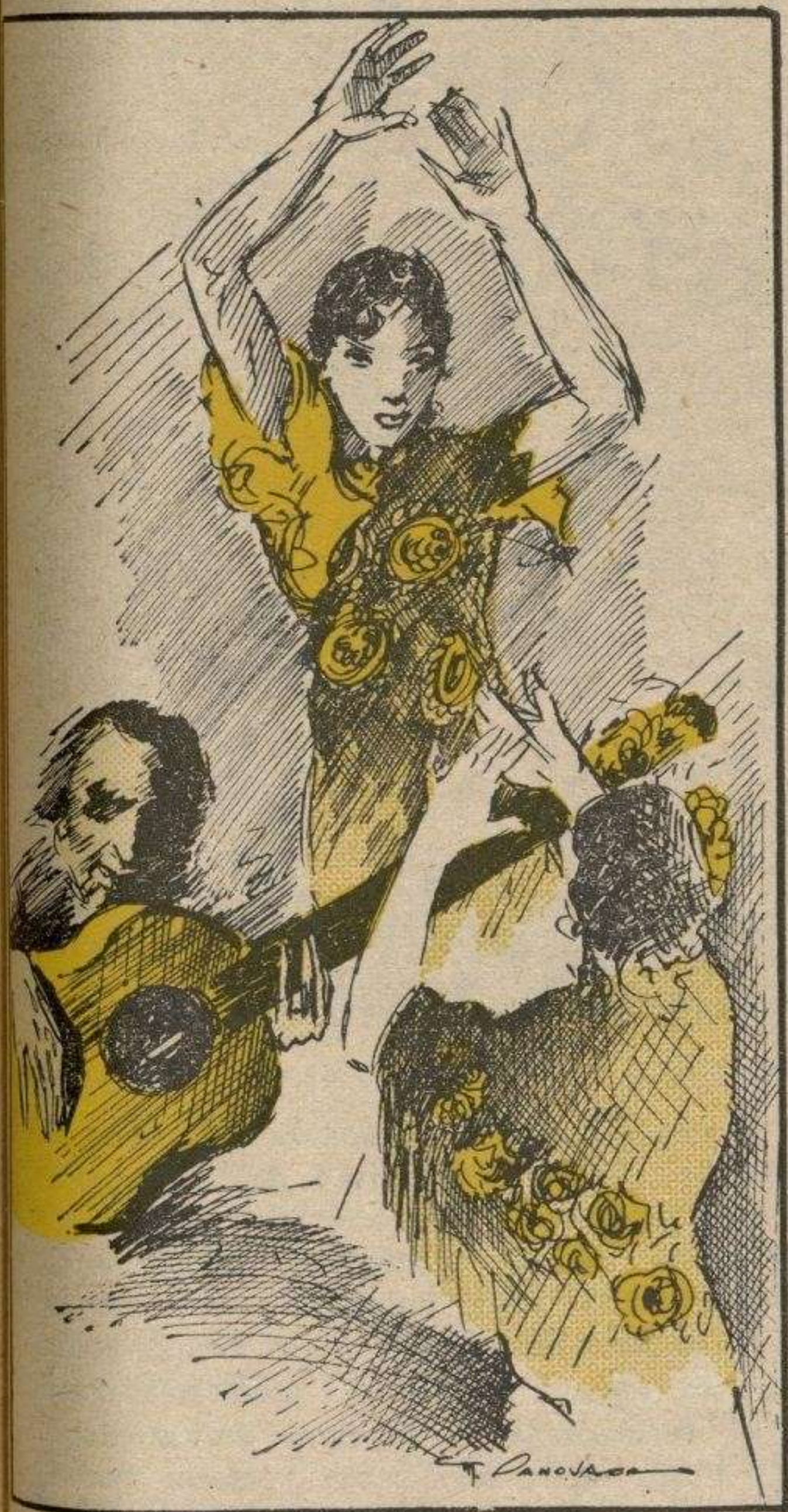
CAMPOAMOR.—Estreno de la comedia francesa de Fleur y Caillivet, «El Rey». Recientemente hemos tenido ocasión de ver aquí en la Habana la película «El Rey», basada en el asunto de esta graciosa obra, descollando los artistas franceses Gaby Morlay, Raimu y Victor Francen.

11

NACIONAL.—Reaparición de la compañía de Regino López con las obras «La Toma de Veracruz», de Agustín Rodríguez, y el estreno de la obra de Villoch y Ankerman «Cuba en la Guerra». Durante esta temporada, fructuosa como todas las que aquella empresa rendía cuando dejaba su propia casa de la calle de Consulado para actuar en los teatros de «Payret» y el «Nacional», se llevaron a escena las obras «La Mosquita Muerta», «Un Viaje Morrocotudo», «Tin Tan», «La Danza de los Millones», «En los Dardanelos», teniendo lugar el beneficio del pintor escenógrafo José Gomis con la obra «Las Joyas de la Marquesa».

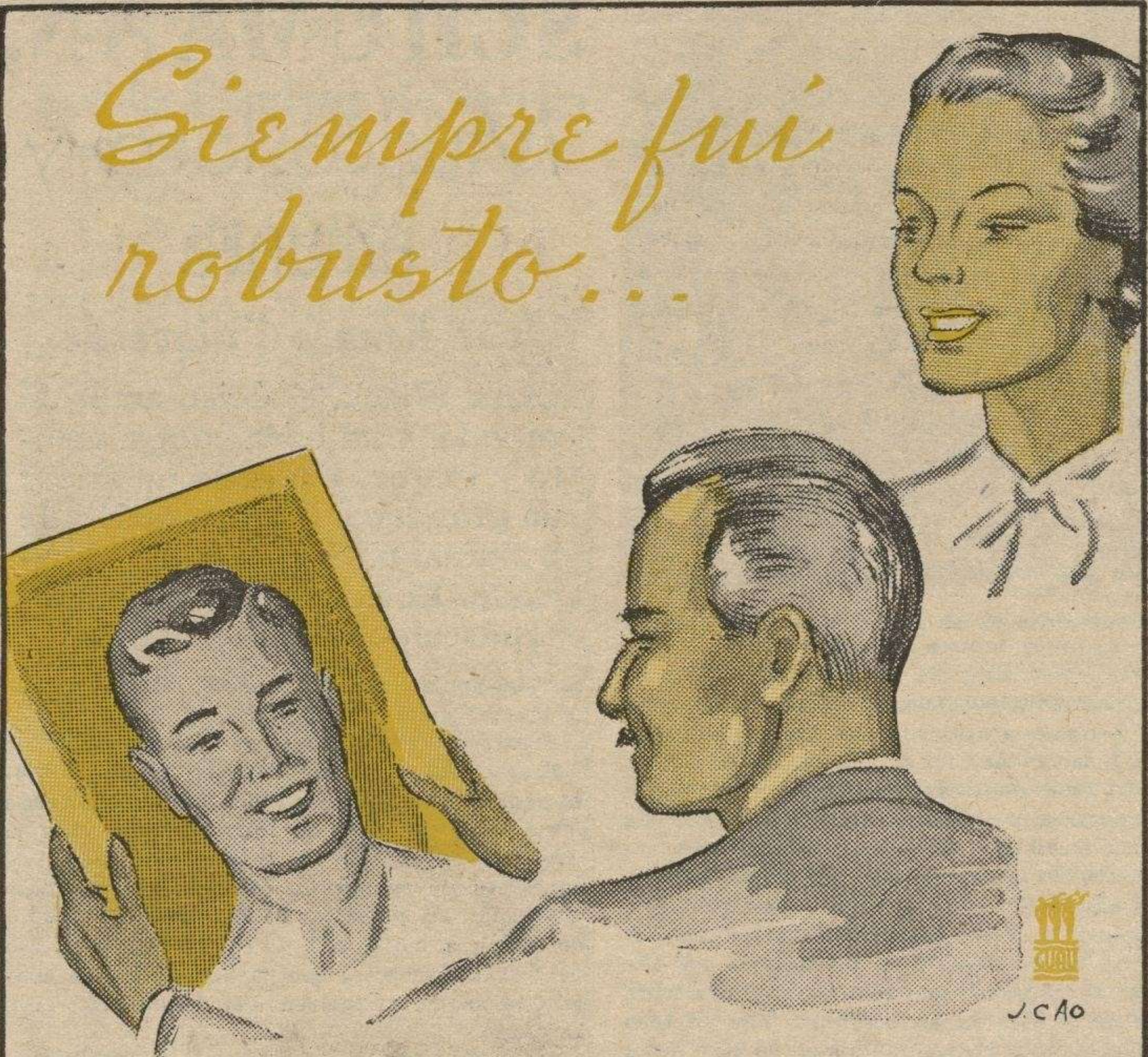
Junio 10

NACIONAL.—Segunda conferencia de Eduardo Zamacois «La España Trágica», compuesta de las siguientes partes: 1: Historia del Toreo — La Vida en la Dehesa de Miura — El Herradero — Edu-



Escena de Caballos — Escenas de Acoso y Derri-
 — Encajonamiento de Reses Bravas — El Sur-
 — El Enchiqueramiento. II: Una Escuela de
 — Fabricación de Picas y Banderi-
 — Confección de un Traje de Luces. Los Dies-
 — Gallo, Joselito y Belmonte, en la intimidad—
 — Como se viste un Picador — Escenas de una Corri-

Después de las conferencias, en el Nacional, de
 — que más adelante repitió en el Campo-
 — de Industria y San José, recordamos las de
 — Rivas, cuando allá por el 1920 vino al Na-
 — al frente de una magnífica compañía en
 — que figuraban los aplaudidos artistas Thuiller
 — Hortensia Gelabert; después las de Don Jacinto
 — Benavente; y ya casi en nuestros días, las de Gre-
 — gorio Martínez Sierra. Pero las más amenas y que
 — más llegaron al público fueron las de Eduardo Za-
 — rcois, porque las pronunciaba de viva voz ante
 — auditorio, ayudándose con apuntes que de vez
 — cuando extraía de sus bolsillos. Las de Linares
 — tenían, sobre todo, sabor político. Como ha-
 — sido Senador en la monarquía de Alfonso XIII.
 — versaban sobre anécdotas y sucesos políticos de
 — aquellos tiempos. De las de Benavente recorda-
 — mos una muy interesante sobre modas literarias,
 — científicas, de trajes, frases, costumbres, etc., en las
 — que hacía observaciones, como suyas, atinadas,
 — oportunas y espirituales. En puridad de verdad las
 — de Martínez Sierra resultaban cansadas y monóto-
 — nas, leídas con voz poco clara, refiriéndose en una
 — parte a las «Mujeres de Shakespeare», tema
 — que cualquiera de sus oyentes, medianamente cul-
 — tivo, conocería de seguro por haberlo leído en las
 — obras en prosa de Enrique Heine, impresas en la
 — librería de Hernando, sita en la calle del Arenal,
 — Madrid. Antes que todas éstas, son dignas de
 — recordarse las charlas de los geniales actores ita-
 — lianos Novelli y Zaconi, en el Teatro Payret y Na-
 — cional, verdaderamente deliciosas, que el público
 — seguía con la más firme atención, interrumpién-
 — das amenudo con sonoras carcajadas y ruidosos
 — aplausos. No hay que olvidar los «cuentos de Es-
 — tranza Iris», con los que la simpática artista
 — mexicana deleitaba al público en sus animadas y



Siempre fui
 robusto...

y continuo siendo un hombre fuerte.

Esta es la historia de millares de
 hombres y mujeres que distintas
 etapas de sus vidas han recurrido al
 más poderoso de los reconstituyentes
 y el más enérgico febrifugo conocido.

QUINIUM LABARRAQUE

Indispensable en la época del crecimiento
 infantil, en las convalecencia, en los
 estados de agotamiento o de cansancio senil



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
 DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)

concurridas temporadas teatrales. De nuestros ac-
 tores vernáculos, los que con más valor y domi-
 nio se han enfrentado con el «toro», con sus char-
 las y «spichs», son nuestros «primeros espadas»,
 Regino López y Gustavo Robreño.
 Y ahora que hablamos de espadas y de toros,
 recordamos cierta noche que nos hallábamos en un
 grillé de nuestra inolvidable «Alhambra», presen-
 ciando la función en compañía de nuestro genial
 escenógrafo Pepito Gomiz y del famoso torero Bel-
 monte, de paso aquella noche en la Habana, y de
 quien el citado escenógrafo había sido en Méjico
 íntimo camarada de giras y parrandas. Al sacar
 Belmonte un momento la cabeza por el grillé, para

contemplar el numeroso público que llenaba la sala,
 le dijo Gomiz en son de guasa:
 —Vaya, señor valiente: a que no sales un mo-
 mento ahí a escena y le dices unas cuantas pala-
 bras al público.
 A lo que, con visibles demostraciones de es-
 panto, el valiente torero que a diario se jugaba
 la vida en la plaza, ante las «fieras más fieras»
 de Miura, Saltillo, Concha Sierra y otras célebres
 ganaderías, contestó con su cerrado acento del
 barrio de Triana, del que es nativo:
 —¡Pa er diablo! ¡Con ese «toro» si e verdá que
 yo no me atrevo!

(CONTINUARA)



En la intimidad de su hogar, Roberto Schumann oyendo tocar a su esposa Clara.

DEDICAMOS nuestra crónica del domingo último a actualizar un poco los casi olvidados amores de Honorato de Balzac. Tres mujeres, extrañamente deliciosas, pasaron por la vida sentimental del autor de «La Comedia Humana». En la existencia de todo genio, la sombra femenina deja una huella profunda, de aliento a veces y a veces de desesperación. «Amor, eterno amor, ¡alma del mundo!» cantó el poeta de «El Vértigo». Y en los tiempos más recientes, un pensador que conocía profundamente la sed de ternura en los corazones, dijo en tono de axioma: «Sin sonrisa de mujer no hay dicha perfecta de hombre».

Hoy queremos, ahondando en el terreno sentimental de los grandes hombres, decir algo de los amores que, a modo de báculo, guiaron la existencia enloquecida de uno de los grandes compositores alemanes de la centuria pasada: Roberto Schumann.

Se ha dicho que en todo genio reside un loco. Nunca esta presunción «juris tantum» ha quedado demostrada con más plenitud que en el caso de Schumann. Los últimos tiempos de su vida, hasta su muerte, los pasó en un sanatorio de enfermedades mentales. No sabemos si su inspiración lo llevó a la locura, o si la locura produjo el remolino de su inspiración. En todo caso, podemos asegurar que Schumann fué un gran compositor y un gran loco. A veces, cuando leía, gritaba: «¡No puedo seguir leyendo; oigo continuamente un la que me tortura!»

En su breve vida de cuarenta y seis años, pues nació en 1810 y murió en 1856, tuvo un único amor. Schumann, en este aspecto, valga la paradoja, fué un loco normal. No necesitó, como otros contemporáneos suyos que brillaron en el campo de las artes, varias pasiones para estimular su genio. Los efluvios románticos que partiendo de Francia invadían Europa, no influyeron en los cambios frecuentes de su corazón atormentado.

Sus amores comenzaron en la adolescencia y terminaron en la mansión de alienados. La única compañera de su vida se llamó Clara Wieck, y era la hija de su maestro de música. Clara, en la tentadora frescura de los dieciocho años, tenía la serena belleza de los medallones antiguos. Su cabellera negra, peinada a la usanza helénica, era el digno marco de su perfil judío. Hacía vibrar el piano con ejecución perfecta. Ayudaba a su padre dando conciertos en el reino de Sajonia. Schumann, frecuentemente, se embelesaba oyéndola tocar. Una silueta perfecta de mujer, arrancando al piano bellas melodías, ha sido siempre una insuperable conjunción estética. Clara atocaba, Schumann oía. ¿A quién admiraba más, a la mujer o a la artista? El hombre que mejor siguió sobre el pentagrama las huellas inmortales de las baladas de Schubert, ¿cuándo dió cábida al amor de Clara en su alma de artista? Difícil momento de determinar, aquél en que el amor nace. Sin embargo, los biógrafos de Schumann aseguran que al oír interpretar a la muchacha

SCHUMANN, Músico loco y amante

por Renato Villaverde

Clara Wieck, el único amor de su vida. Una boda contra viento y marea. Un gran músico y un gran loco. La inspiración de Schumann. Un suicidio frustrado. El manicomio en el crepúsculo de su existencia.

sus «Mariposas» por vez primera, conoció la bendición del amor.

Eran dos almas nacidas para amarse

El inicio de su pasión tiene un marco de prosaismo. El padre de ella, buen señor de arcaicas ideas feudales, trató de levantar entre ellos el obstáculo de su opinión. ¿Para qué hablaros de aquel período en que un caballero sensato quiso desbaratar los proyectos de dos ilusos? El padre de ella desgranó el manido e ininteligible rosario de «inútiles consejos», que por aquella misma época Campoamor recogió en una de sus inmortales Doloras.

El resultado de la oposición paterna fué el matrimonio de los amantes.

Tenía Roberto 30 años de edad cuando se casó con Clara.

Eugenia, una chiquilla muy parecida a su madre, nació de la unión del compositor y la pianista. En un libro publicado no hace mucho por



Schumann nació en esta casa, en 1810, en Zwickaw, en el antiguo reino de Sajonia.

la hija, hallamos una descripción realista de la extraña vida temperamental de Schumann.

Desde muy niño, a los seis o siete años, la afición a la música se despertó en Schumann. Era un pianista de gran fuerza. Pero su dedicación a recorrer a todas horas y en todo momento el teclado de aquel viejo piano hogareño, que él mismo calificó de «desafinado y falso como el alma de Judas», le trajo una parálisis en un dedo de la mano derecha que le obligó a abandonar definitivamente sus ilusiones de pianista.

Quizás en este accidente encontremos la génesis del gran compositor. Con las alas destrozadas por la parálisis no pudo seguir volando en el infinito del teclado. En su cerebro comenzaron a vibrar sinfonías originales. No podía tocar, pero podía escribir. El arte de interpretar le estaba vedado, pero tenía la facultad olímpica de componer. De la banqueta giratoria del piano, saltó a la mesa de trabajo. Cambió el teclado por el pentagrama. Un nuevo genio de los arpegios debía surgir al mundo bajo el inspirado cielo musical de Alemania.

Y trabajaba mientras enloquecía o enloquecía mientras trabajaba.

Schumann fué, para su época, un revolucionario



Roberto y Clara, amantes de toda una vida...

de la música. La suya, plena de originales extravagancias, se puso al frente de la reacción, de artistas jóvenes que pugnaban por variar los moldes de la música canonizada hasta entonces. Romper con la tradición de la forma, fué su pto de batalla. Laboraba con entusiasmo. Horadaba en la cantera de la novedad. Perseguía combinaciones reveladoras de arpegios desconocidos. Un ideal bullía en su cerebro que pugnaba por abrirse paso a la luz. En sus noches atormentadas había una conjunción de sadismo y masoquismo musical. A veces, reía con la satisfacción perversa de saberse dominador. Otras, su garganta dejaba escapar lamentos ulcerados de desesperación. Oía voces que lo acosaban. La inspiración le llegaba en ráfagas huracanadas. Luchaba contra un monstruo intangible, imposible de atrapar en sus neuronas, pleno de una vitalidad avasallante que iba debilitando la genialidad de su cerebro. Enloquecía con parsimonia, pero con firmeza. Era, a ratos, orate furioso o demente melancólico.

Clara, mientras tanto, amaba y sufría. Noches en vela; sonrisas pálidas; consejos maternos, y siempre pensamientos de enamorada bajo sus creencias oscuras.

Schumann la amó toda su vida, aun en sus períodos más bruscos, cuando la locura y la inspiración danzaban en su cerebro zarabandas dolientes.

Pero la locura logró invadir los reductos más firmes de su cerebro. El equilibrio quebró por su base. Aquel gigante del pentagrama se sumió en la cisterna de la enajenación. La casa de orates, como un destino, se levantó en el crepúsculo de su existencia. Schumann fué recluso. En el esfuerzo postrero por sacarlo del mundo de las sombras, lo siguió la compañera de todos sus años. Una última crisis, en que trató de suicidarse arrojándose la Rhin, tronchó las posibilidades de seguir actuando en la vida de relación.

Su existencia oficial de demente, fué toda una página de dolor. Un piano de cola, frente a la ventana de su cuarto de enfermo, era una interrogación estéril que se animaba bajo los ágiles dedos de Clara. Schumann, en sus paréntesis de mejoría, a pesar de la parálisis del dedo de la mano derecha, trataba de revivir sus sueños de compositor sobre la superficie blanqui-negra del piano de cola. Esfuerzos estériles. Schumann ya no era pianista, ya no era el gran compositor... Ni siquiera era hombre.

La muerte, compasiva, tendió su manto sobre aquella existencia de tormento. El mundo de la música había perdido un compositor de genio. Clara Wieck perdía el gran amor de su vida.

Y sus dedos privilegiados, a compás de una sonrisa más pálida que nunca, siguieron desgranando sobre la sensibilidad de las teclas, la armonía inefable de los «Lieder» que han hecho famoso el nombre de Roberto Schumann...

SENTADA sobre el barco de vapor, apoyada sobre la barandilla, admiraba estas bellezas cuando me vi rodeada, o mejor asaltada, por un montón de mujeres quienes, maravilladas, contemplaban un bordado en colores brillantes que tenía en mis manos. Después de examinarlo durante algunos instantes, sin mirarme, sin pedirme excusas, levantaron la tapicería, como si la rodilla sobre las cuales descansaba hubiesen sido la tablilla de un obrador. Después, asiendo alternativamente los hilos, el dedal, las tijeras, le daban vueltas en sus manos sin ocuparse en modo alguno de la persona a quien pertenecían. En fin, la más atrevida entre todas cogió el bordado y desapareció. Rogué a mi compañero que la siguiera para averiguar el uso que de él quería hacer. Algunos minutos después, ella misma me restituyó la obra después de habérsela enseñado a las otras viajeras que se habían quedado en la cabina.

Un segundo grupo de mujeres, no tardó en abor-darme, y una de ellas, sin ningún cortés preámbulo me preguntó si yo era francesa.

A mi respuesta afirmativa. «Nosotros jamás vemos compatriotas tuyas en este país, me dijo ella. Vosotros nos agradáis... Todas las francesas se os parecen?».

Corrió después a buscar a su marido, que me puso de centinela por delante, enseñándomelo como lo hubiera hecho con un pájaro raro.

Cómo encontráis esta salvaje curiosidad, estos modales extraños, estas declaraciones sencillas? Yo, por mi parte, les encuentro algo de primitivo, de confianza, que agrada.

24 de Mayo

Ayer, al momento de salir, llamo a mi doncella para vestirme y ésta aparece pálida, espantada, llorando.

—¿Qué tienes?—le pregunté alarmada.

—¡Han robado a la señora!

—¿Robada?

—Ni un solo traje que ponerse.

Y sus sollozos la ahogaban. La cara de Celeste y su dolor de tan buena ley, esta desesperación en mujer tan honrada era tan cómica que no pude impedir un principio de risa. Después traté de consolarla y al fin pensé en los trastornos que este robo podría causarme. Hice prevenir a la policía por fórmula pero con muy pocas esperanzas de encontrar los objetos robados. En un país, donde los agentes de la policía judicial son tan poco numerosos y que casi nunca tienen la iniciativa de las persecuciones, en donde no existen pasaportes, en donde la policía administrativa tampoco existe, por falta de fondos secretos que la paguen, ¿cómo descubrir a un ladrón, sino in-fraganti? Se me ha aconsejado pagar al agente encargado de encontrar los objetos robados, único medio, se me dice, de lograrlo; pero, sin duda, mi hábil ladrón lo habrá pagado más caro que yo, porque mis efectos jamás han aparecido.

25 de Mayo 1840.

Nos hemos hecho a la vela esta mañana a las diez. M. M. Delaforet y Gallardo vinieron a darme sus adioses. De Belmont, Suárez y M. H. me han conducido hasta el puerto. Al separarme de ellos experimenté la profunda melancolía, la solemne tristeza que se apodera de nuestra corazón en el instante de embarcarse. Por otra parte, como habían sido buenos y hospitalarios conmigo, y como un viaje por el mar tiene parecido con un viaje al otro mundo, les dí mis adioses con verdadero pesar.

CARTA XI

Partida.—Se leva el ancla.—Calma. El Capitán Smith.—De nuevo el mar y la soledad.—El Washington.—La tripulación.—Un navío francés desmantelado.—Sabotage.—La palabra «Francia» pronunciada en medio del mar.—La patria adoptiva.—Emociones.—Siniestros.—Un navío incendiado.—El niño atado a una paca de algodón.—Desprecio al peligro y a la muerte.—El estoicismo de los anglo-americanos.—Siempre en calma.—Ocho días de silencio.—Inundación de hormigas.—Mis compañeros de viaje.—Una excentricidad italiana, Gaetano.—Orgullo y penuria.—Relato de naufragios.—Una escena de mu-

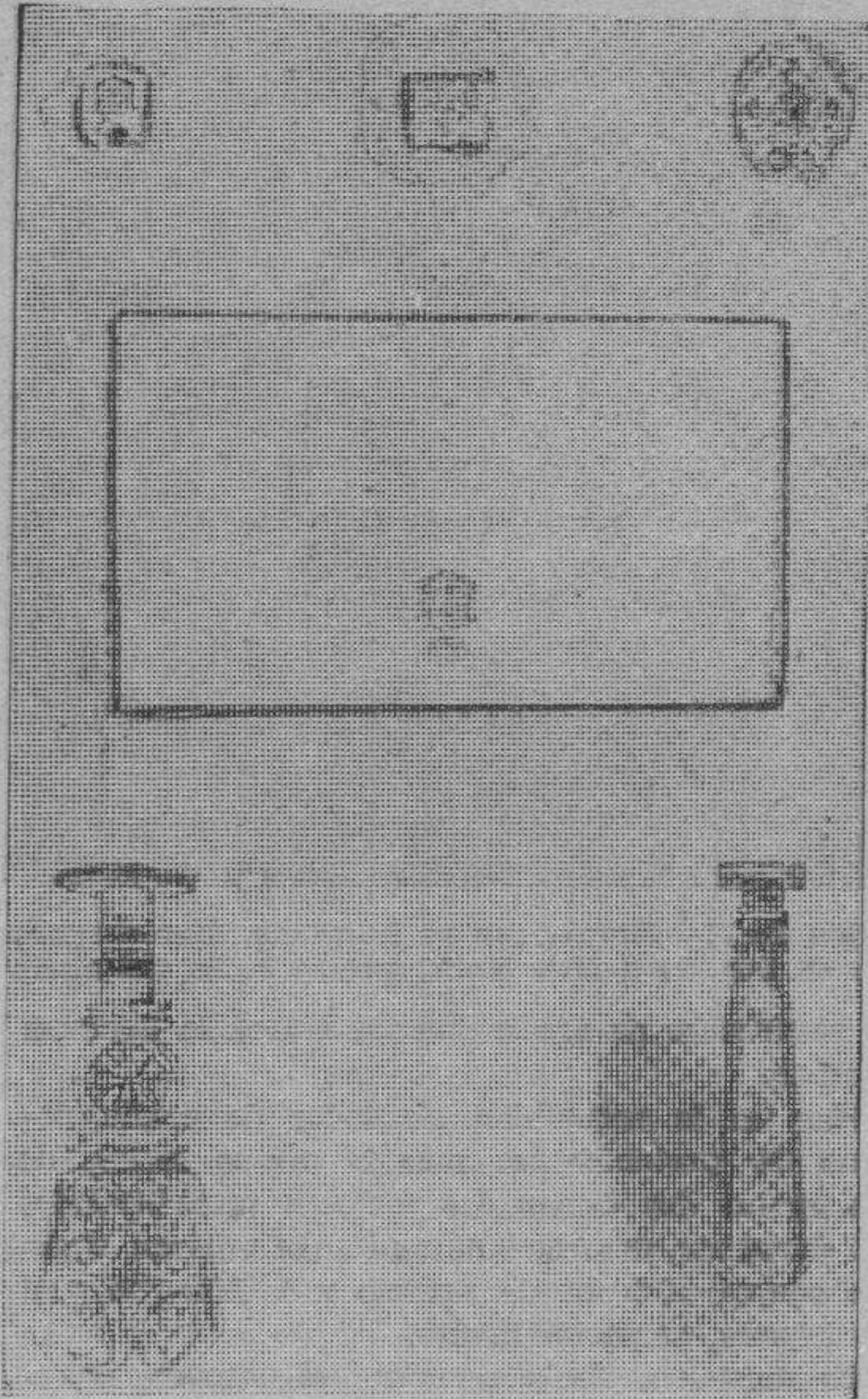
LA HAVANE

Por la Condesa de Merlin

Traducción y notas de

B. SOUZA

(Continuación)



Papel y sellos usados en las cartas de la Condesa de Merlin.

te.—Agonía en un camarote.—Una joven mujer.

—El Capitán sacerdote y el protestante confesor.—Funerales en el mar.—Historia de la muerte.

A Madame Delfina de Girardin.

o o o

Delfina Gay, tanto ella como su madre, íntimas amigas de la Condesa de Merlin, fué uno de los más exquisitos ornamentos de la Francia del romanticismo. Mujer bellísima, autora de comedias y de versos, enamorada de Lamartine y que casó con el gran publicista francés M. Girardin, director de «La Prensa», periódico que publicaba estas correspondencias de la Condesa. Se la denominó la Musa del romanticismo.

o o o

Con un hermoso tiempo en todo su esplendor, levó anclas el «Cristóbal Colón»; pero ni el más pequeño soplo de viento vino a inflar sus velas, las cuales, flácidas y colgante caían golpeando los mástiles. En vano quiso el Capitán Smith salir del puerto forzando sus velas. Con gran mortificación suya se vió precisado a usar un barco de vapor el cual nos remolcó.

Mi doncella, como de costumbre, se apresuró a acostarse; el resto del pasaje iba y venía de un extremo a otro para ejercitar sus fuerzas esperando que el balance y el cabeceo los paralice; y yo, sentada sobre un banco con el alma desolada miraba el surco luminoso, la estela que trazaban en su curso la marcha de los dos navíos.

La ciudad se alejaba. Ya Long Island huye detrás de nosotros. «L-Island of Garden» se confundía con las olas que baten sus orillas; únicamente las terrazas del hotel de la Cuarentena aún mostraban su blanca e indeterminada mole que se proyecta en medio de la isla. A merced del viento y de las olas, más que nunca me sentí atraída por la tierra. Lanzando una ojeada sobre la extensión sin fin del agua que ante mí se des-arrrollaba, llevando mi pensamiento hacia las frá-

giles tablas a las cuales confiaba mi vida, no percibía a mi alrededor sino el peligro y la incertidumbre; antes, cuando me embarqué, aun niña apenas me daba cuenta de todo esto (1). Entonces, la misma simpatía para quienes yo abandonaba, el mismo sentimiento de mi propia debilidad; entonces el abatimiento, un melancólico desaliento que no venía del miedo, sino más bien de la humildad; entonces como ahora, y a pesar de la conciencia del peligro experimenté la misma indiferencia, la misma temeraria confianza que empuja al hombre, sin saberlo, hacia su destino y que por esto mismo es algo noble y misterioso. Pero, niña, enternecida por primera vez con tantas nuevas impresiones, henchido el corazón de emociones, lloraba; después recitando los versos de Racine, me invadía la calma, llegaba el sueño, y me olvidaba. Hoy, siento, razono; y cuando pongo en la balanza los goces y los dolores de la vida humana, fría, desalentada, sin pesares ni temor, me resigno frente al peligro.

En medio de estas preocupaciones, un singular objeto vino a distraerme. M. H..., que no quiso abandonarme hasta la partida del barco de vapor, llamó mi atención sobre un navío americano que cruzaba cerca de nosotros, al alcance de la voz. En los colores amarillos de su línea de batería, en el deterioro de su pintura, en el lamentable estado de sus vergas y sus velas, fácilmente se daba uno cuenta que venía de muy lejos.

Una multitud de cabezas que parecían sostenerse unas a otras, tan próximas estaban, avanzaban a la vez sobre el empalmetado, y con ojos estúpidos nos miraban; aquellas pobres gentes parecían haber sufrido mucho y apenas iban vestidos. Nos interrogamos mutuamente y supimos que este barco venía de Hamburgo, a donde llevó un cargamento de algodón y aquellos hombres, en frente de nosotros, formaban parte de la tripulación y el pasaje de un paquebot francés, que acababa de irse a pique a la altura del banco de Terranova, cuatro días antes. El «Washington», así se llamaba el barco americano, encontrándose en aquellos momentos en esos parajes y empujado rápidamente por un viento noroeste, en dirección del siniestro, recogió a los desgraciados franceses quienes debieron su salvación a esta milagrosa coincidencia.

No sabría decirlo, querida señora, como esta palabra, «franceses», resonó hondamente en mi corazón, ni cuánto mi piedad acrecentó aquel recuerdo de la Francia, en mi despertado.

Cuando nos encontramos lejos de nuestro país, rodeados de costumbres desconocidas, cuando nadie participa de nuestras afecciones, cuando los diversos intereses que se agitan a nuestro alrededor nada tienen de común con nosotros, entonces es cuando se puede apreciar, en su justo valor, el amor que tenemos a nuestra patria. Y no es la Francia mi patria adoptiva? No me he acostumbrado, desde hace mucho tiempo, a sentirme orgullosa con sus éxitos, a alarmarse con sus peligros? ¡Cuántas veces he sentido en mis largos viajes los fuertes lazos que a ella me unen! ¡Cuántas dulces simpatías despertadas en mi alma, por todo lo que me llama desde lejos y desde esa tierra, privilegiada de Dios!

Visitando a las otras naciones es cuando nos sentimos justos con nuestro país; pero si constantemente vemos los mismos objetos, nos volvemos incapaces para exactamente medir sus proporciones. Añadid a esto la multitud de pasiones, de desafecciones, que el interés personal y el amor propio, mantienen siempre en juego, ahí donde la vida se agite, y se encontrará que nuestro juicio benévolo o severo raramente es justo. Mientras que hablábamos sobre las circunstancias de tan espantoso siniestro. M. H... me hacía notar cerca de nosotros, y en nuestro propio barco, un hombre alto, de amplias espaldas, de cara colorada, quien, lánguidamente acostado sobre un banco, nos escuchaba mascando tabaco. Podría tener cincuenta años.

(CONTINUARA)

(1) Se refiere la Condesa al viaje que hizo, niña aún, en la Escuadra de Gravina cuando, en unión de su padre, marchó para España.

La hora de los PRETENDIENTES al Trono POR L. Raskay



El conde de París, pretendiente a la corona de Francia, con su familia.

¿ES INMINENTE UN RESURGIMIENTO DE LA MONARQUÍA EN EUROPA?

QUIERANLO o no los aislacionistas, Londres se está convirtiendo más y más en el centro de la política mundial, y, como tal, es también el centro de los monárquicos del mundo. Con mucho tacto, pero tenazmente, los agentes políticos de los pretendientes a tronos que hay en el mundo tratan de obtener ayuda para sus respectivas causas.

En el pasado siglo los pretendientes desempeñaron un papel inusitadamente importante en la historia. Sus esfuerzos, sus intrigas, sus campañas, dejaron marcas en ella. Y en este siglo, especialmente a causa de la gran guerra, las estrellas de las monarquías europeas y de las familias principescas palidecían de una manera considerable. En todas partes hubo destronamientos y se instituyeron repúblicas, y poco a poco la situación de pretendiente a un trono se convirtió en una cosa de sainete, en algo propio de una comedia o de un vaudeville.

Y como en los últimos años algunas de las repúblicas han experimentado conmociones, es necesario empezar a tomar de nuevo en serio a los pretendientes. Van subiendo sus acciones.

TOMANDOLOS EN SERIO

Como para ellos Inglaterra es la quintaesencia del monarquismo, allí es donde van a buscar ayuda, arguyendo que el triste destino de los países que antes eran de la monarquía austrohúngara y en España, son una demostración de las miserias a que ha conducido la abolición de la monarquía. Y como es lógico en su posición, manifiestan que



Oton de Habsburgo, con su hermano, días después de su llegada a New York, que se halla visitando.

la restitución de sus regímenes traerá la bonanza perdida.

Hay en la actualidad alrededor de media docena de pretendientes más o menos serios, de los cuales dos tienen las mejores probabilidades del momento, dos hijos de reyes que esperan algún día ocupar el trono de Austria y de Hungría y el de España, respectivamente.

Se murmura discretamente que Otto de Habsburgo, que ahora tiene ya 26 años de edad, irá a Londres este invierno, con el fin de alistar reclutas para su causa. Debe admitirse que su optimismo no es del todo injustificado.

OTTO, EL PRINCIPE ESTUDIOSO

Otto ha sido criado y educado con infinitos cuidados por su mamá, la ex reina Zita, y se ha hecho un hombre amable, serio y muy simpático contra quien nadie puede decir nada. Es estrictamente católico, como sus ascendientes, y hasta ahora, sabiamente, ha evitado hacer declaraciones respecto a sus ideas políticas personales. Se sabe solamente que sueña con algo así como con ser un emperador socialista, aunque nadie sabe con exactitud qué es eso. Después de la caída de los Habsburgo parecieron muy pobres las esperanzas de una restauración e imposible en la política externa y la interna. Pero ya no ocurre eso. Gran número de ex enemigos de la dinastía de los Habsburgo ha cambiado de opinión, pues ve en la vuelta de la monarquía a Austria y Hungría el único muro de contención para la influencia del Tercer Reich.

Otto von Habsburg, que vivió durante un tiempo en París, se ha doctorado en leyes en una universidad católica belga y habla con perfección alemán, húngaro, inglés, francés, italiano y español. Se ha dedicado mucho al estudio de las ciencias y fué preparado concienzudamente en economía política y diplomacia. Su «corredor» principal entre la sociedad inglesa es una princesa austriaca de histórico apellido. También es frecuente la venida a Londres de representantes del movimiento monárquico de Austria, donde van a sondear las esferas políticas, buscando ayuda para Otto y su familia.

DON JUAN DE BORBON

De más reciente origen son las esperanzas del príncipe don Juan de España, considerado por los monárquicos como el futuro rey de este país. Su padre, el ex rey Alfonso XIII, no tiene ya ambiciones personales, y de presentarse la oportunidad, renunciaría seguramente a sus derechos al trono en favor de su hijo. Don Juan es el único hijo



El infante Don Jaime de Borbón, heredero de España, con su esposa.

varón sano de la dinastía española de los Borbones, de modo que no pueden hacerse oídos sordos a sus solicitudes. El duque de Alba y Berwick y media docena más de lugares, y que al mismo tiempo es grande de España y también aristócrata inglés, apoya las ideas de don Juan, como así también muchos aristócratas que tienen familiares e influencias en Inglaterra. Don Juan cuenta 26 años de edad y prestó tres años de servicio en la marina británica. Sus partidarios aseguran que de asumir el trono de España quedaría abierto el camino a la unificación del país. Los monárquicos españoles disponen de grandes sumas, parte de las cuales—se dice—proviene de fuente inglesa.

PRETENDIENTES FRANCESES

Francia tiene dos pretendientes, de los cuales el pueblo, antes que como posibles monarcas, habla como de reliquias históricas. Ni el descendiente de la casa de Bonaparte ni el conde de París, candidato de los realistas franceses, tienen la más leve esperanza de volver algún día al trono de Francia. Es dudoso que este movimiento sea más fuerte que antes, a pesar de los muy bien organizados y peligrosos recientemente descubiertos en Francia y del complot de los «cagoulards». En aquella época el duque de Guisa publicó el manifiesto famoso en el cual decía que al fin estaba preparado para reascender al trono de sus antepasados. El duque publicó el manifiesto con su propio nombre, pero el actual pretendiente es su hijo, el joven conde de París. Este miembro de la casa de Borbón-Orleans es un personaje típico de nuestro mundo, buen piloto de aviones, automovilista, gran deportista y hombre de opiniones modernas y sanas. Tiene 31 años y está casado con su prima Isabel de Borbón-Braganza, de quien tiene tres lindos hijos.

Si bien el movimiento monárquico es ahora más marcado que antes, las posibilidades de llegar a materializarse sus objetivos están tan lejanas como siempre. Son, sin embargo, más seguras que los de los bonapartistas, representados en la persona del príncipe Napoleón, que cuenta 24 años de edad. Este joven Bonaparte, descendiente del hermano de Napoleón, el rey Jerome de Westfalia, reside—como lo hacen también su rival y Otto de Habsburgo—casi siempre en Bélgica. Se trata asimismo de un hombre joven de ideas modernas, enérgico y activo, y es—como su contrario—inmensamente rico.

Entre la hermandad de pretendientes a tronos está también el joven miembro de la dinastía por-

LOS GRANDES ARTISTAS HISPANO-AMERICANOS

El guitarrista uruguayo Martínez Oyanguren ha triunfado en los Estados Unidos



La radio, ese descubrimiento milagroso que le ha abierto a la razón y la fantasía del hombre horizontes ilimitados, le ha dado también a la guitarra—cuyo noble y antiquísimo abolengo no la había salvado en los últimos siglos de una preterición humillante—la oportunidad de destacarse y triunfar ante las multitudes ávidas de una poesía y una espiritualidad que las compense del materialismo apesadumbrante de los tiempos.

Los vastos públicos de las Américas, que a través de las ondas cortas y largas reciben, mientras permanecen cómodamente sentados en sus casas a veces remotas, el regalo magnífico de las grandes orquestas, de los cantantes célebres, de los virtuosos del violín y del piano, han comenzado a conocer también ese otró, manjar espiritual, herencia del Renacimiento, a quien el genial guitarrista español Tárrega dotó de una técnica nueva que lo ha convertido «en una orquesta en miniatura».

Distintos nombres de guitarristas célebres han sonado, con el español Segovia a la cabeza, en los Estados Unidos. Sin embargo, el que más ha logrado llegar a la entraña del público, que cada domingo escucha sus programas transmitidos en Nueva York y retransmitidos a todas las ciudades importantes del país y del Canadá, es el uruguayo Julio Martínez Oyanguren, descendiente de vascos.

La opinión del «New York Times» sobre Oyanguren.

Los críticos musicales de Norteamérica y los de nuestros países hispanos, han ponderado por igual el virtuosismo de Martínez Oyanguren, su sabiduría interpretativa, las resonancias recónditas que le sabe sacar a la guitarra, el eclecticismo de sus programas ya clásicos, ya populares. El sesudo «New York Times» ha expresado de este gran artista, producto de la tierra pampera, donde se mezclaron la pasión española y la tristeza indígena: «Toca la guitarra con elegancia de tradición y suavidad de buen gusto. Sabe interpretar pasajes brillantes sin tratar de revestirlos de importancia excesiva, superior al tema musical de que se trate. Procura, en una palabra, hacer música con la guitarra, y no servirse de aquella como medio para lucir el instrumento».

Los encomios en todos los diapasones, surgen por doquiera que pasa Martínez Oyanguren, cuyo repertorio alcanza a más de 250 obras para guitarra, algunas de ellas escritas expresamente para ser interpretadas por él. Lleva año y medio residiendo en Nueva York y tocando todos los domingos, a las doce cuarto de la tarde, por la estación de onda larga WEAF, pero sus conciertos, imprimidos en discos, son radiados también por onda corta a Hispanoamérica. Las estaciones que en dichos días festivos hacen las transmisiones de 20.45 a 21.00 de la noche, son las WRCA y WNBI de la National Broadcasting Company.

A los once años dió Martínez Oyanguren su primer concierto.

Martínez Oyanguren nació en Durazno, Uruguay, de la familia de los Borbones, don Duarte, duque de Braganza, nacido hace 29 años en Austria, donde actualmente reside. Desde el fallecimiento del rey Manuel figura como candidato de los legitimistas portugueses, y aunque se le ve muy rara vez en Portugal, no es del todo improbable que algún día reine en ese país.

De los pretendientes rusos y alemanes no es necesario hablar en este instante. Sus futuros no lo serán pronto?

El 24 de marzo dió un recital especial dedicado a Hispanoamérica que transmitieron por onda corta dos estaciones neoyorquinas, y este mismo año realizará una gira artística por todos nuestros países.—Dió su primer concierto a los once años y renunció a la carrera de marino de guerra para dedicarse por entero a su instrumento.

Julio Martínez Oyanguren, el virtuoso uruguayo de la guitarra, a quien los críticos norteamericanos han venido dedicando desde hace tiempo toda suerte de elogios.

Siendo muy niño y hallándose en la hacienda de sus padres, se extasiaba oyendo cómo «su viejo» le sacaba dulces notas al instrumento que tanta fama había de proporcionarle a él. Aquella era la guitarra que entretenía los ocios de los conquistadores, la guitarra tierna y blanda a la que el pueblo se negó a renunciar cuando otros instrumentos acapararon para sí la atención de los virtuosos. El padre de Oyanguren no poseía el virtuosismo de los maestros, pero el alma infantil del artista se abría al influjo de sus acordes como una flor besada por el sol. A los ocho años Oyanguren tocaba la guitarra con destreza y a los once su primer concierto en público, preparado por el organista de la catedral de Durazno, que fué su iniciador en los secretos de la técnica del instrumento.

Pero su padre quería para Martínez Oyanguren un porvenir más sólido que el que, a su juicio, le podía proporcionar la guitarra. El viejo le debía muchos ratos agradables y a su conjuro desaparecían como por encanto los cansancios y sinsabores de la dura jornada. Pero pretender vivir de la guitarra en aquella segunda década del siglo, era una utopía, un sueño irrealizable. Su hijo, que como Garcilaso sentía también la poesía de los ritmos marciales, sería marino de guerra.

Para ser guitarrista, Oyanguren renunció a su carrera de marino de guerra.

Y marino fué y sus andanzas de cadete lo llevaron a la Roma eterna. Bajo el cielo italiano, donde florecen las artes como las flores en la primavera, Martínez Oyanguren se sintió más guitarrista que nunca. Y de Italia volvió decidido a vivir para el instrumento que, como una amada fiel, se le rendía por entero.

Su amigo el presidente de la República quiso premiar su virtuosismo, que llenaba de legítimo orgullo al país que lo vio nacer y le concedió toda clase de franquicias para que pudiera seguir honrando a la patria en el extranjero. Seguiría perteneciendo a la marina uruguya, pero podría trasladarse a aquellos climas que más beneficiaran su arte y sus aspiraciones. De ese modo el guitarrista viajó sin descanso y llevó hasta los públicos del continente hermano la embajada artística que, a través de las cuerdas milagrosas de su guitarra, les enviaba el Uruguay.

Cuando un cambio político colocó a Oyanguren ante el dilema de optar por su carrera de marino o entregarse de lleno a su vocación de guitarrista, no titubeó un momento: envió su renuncia al Ministerio de Marina de Montevideo y se dedicó de lleno a sus conciertos.

Desde entonces, el éxito ha sido su inseparable compañero. Y sus recitales en los templos de la música—el «Town Hall» de Nueva York, por ejemplo—han sido para el gran artista uruguayo triunfos rotundos.

Martínez Oyanguren visitará a Hispanoamérica este mismo año.

Ahora se prepara para nuevas experiencias. Desde los países hispanos le han pedido un programa especial que tendrá realización el domingo 24 de marzo. Será una audición dedicada exclusi-

vamente a nuestro público, que transmitirán las estaciones WRCA y WNBI a las ocho y cuarenta y cinco de la noche. El recital vendrá a ser como un anticipo con el que Martínez Oyanguren regalará a nuestros públicos hispanos, ante los que, en este mismo año de 1946, se presentará personalmente. La música folklórica de Hispanoamérica tiene en el guitarrista uruguayo un intérprete genial, como lo está demostrando el álbum que ha comenzado a grabar, al que ha llevado las armonías vernáculos de una docena de nuestras repúblicas.

Entre las distinciones alcanzadas en los Estados Unidos por el gran artista uruguayo, se cuenta la de haber sido el primer guitarrista que diera un concierto en la Casa Blanca de Washington y el primero, también, que actuó ante una cámara de televisión.

PENSAMIENTOS

Cuando un hombre ensalza a una mujer, ella se siente cautivada por su franqueza.

Todavía no ha nacido el mentiroso capaz de hacer ruborizar la modestia de una mujer.

Por regla general el aceite de la elocuencia va unida al agua de la pobre argumentación.

A la mujer no le preocupa que su marido sea jugador hasta que no comienza a perder.

¿Dolores de Espalda, Nerviosidad, Reumatismo?

Comidas inconvenientes, exceso de bebidas, de trabajo, preocupaciones, catarros, etc. obligan a los Riñones frecuentemente a trabajar a tiro forzado. Los trastornos de los Riñones y Vejiga son la verdadera causa de la Acidez Excesiva, Frecuentes Levantadas o Micciones Nocturnas, Ardor en los Conductos, Dolores en las Piernas, Nerviosidad, Desvanecimientos, Hinchazón en los Tobillos, Reumatismo, Hinchazón de los Párpados y en general de la sensación de vejez prematura. Ayuda a que sus Riñones purifiquen su sangre por medio de Cystex. La primera dosis comienza a trabajar ayudando a sus Riñones a eliminar el exceso de ácidos haciendo así que se sienta como nuevo. Bajo nuestra garantía Cystex debe ser enteramente satisfactorio o el dinero que pagó por él le será devuelto. Pida Cystex en cualquier farmacia hoy mismo. Nuestra garantía lo protege.

.. Cystex
Para Reumatismo, Riñones, Vejiga

EL HECHIZO DE UNA BELLA SONRISA...



es patrimonio de sana juventud. Vd. puede hacerla suya empleando para su higiene dental una pasta de cualidades excepcionales, famosa en el mundo entero:

DENTOL.

LIMPIA. DESINFECTA. PERFUMA. REFRESCA.

Los trabajos de Pasteur inspiraron a los creadores de **DENTOL**. Por esto **DENTOL**, destruye los gérmenes nocivos y blanquea los dientes, tonifica las encías y da a la sonrisa la expresión juvenil que Vd. tanto desea.



TUBO MEDIANO
20¢
TUBO GRANDE
40¢

DENTOL

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS APARTADO 2143 HABANA

